

Selección TERROR

DINASTIA DIABOLICA

Curtis Garland


SELECCION
TERROR

CURTIS GARLAND

DINASTIA DIABOLICA

Colección SELECCION TERROR n.° 487
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

482 — Club para gente encantadora - *Lou Carrigan.*
483 — Prohibido irritar al diablo - *Clark Carradas.*
484 — Secta celestial - *Lou Carrigan.*

485 — Ojos que vigilan - *Curtis Garland*
486 — Ven a charlar esta noche - *Lou Carrigan.*

ISBN 84-02-02506 4 Depósito legal: B. 15.479-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1982

2a edición en América diciembre. 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, asi como **las** situaciones de la misma, son froto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Paréis del Vallés (N-152. Km

21.650)
Barcelona
1982

CAPITULO PRIMERO

La gitana levantó los ojos al ciclo.

Ojos negros, profundos, relampagueantes y atávicos como su propia raza. Ojos que escudriñaron el poco antes limpio cielo azul del verano. En ellos parecieron reflejarse las repentinas nubes que ennegrecían el horizonte, ensombreciéndolos súbitamente. Una ráfaga de viento agitó las copas de los árboles y onduló la hierba del prado.

La gitana meneó la cabeza. Su largo, negro cabello ensortijado, se agitó como si el mismo soplo de viento los moviera igual que a la hierba y los ramajes.

—Mal presagio —dijo—. El sol se nubla y la tarde oscurece. El Mal estará presente hoy...

Y se aferró con sus largos dedos de bronce vivo a la cadena que colgaba de su cuello, repleta de amuletos en torno a una pequeña bolsa de tela herméticamente cerrada y cosida. Apretó la bolsita con fervor y murmuró algo en lengua gitana que sólo pudo oír, pero que también sólo ella hubiese podido entender. Luego, se retiró al interior de su carromato, cerrando la puerta tras de sí. También cerró una ventana, asegurándola con el postigo y un cerrojo, mientras el viento volvía a ulular, agitando con fuerza las ramas de la cercana arboleda. La hierba, alta y jugosa, parecía ya un silencioso oleaje verde, ondulando en la tarde.

Más allá, en la distancia, las colinas separaban las zonas verdes de la ciudad. Los edificios no podían ser vistos desde allí a causa de las ondulaciones suaves y cubiertas de vegetación. El verano era una buena estación en aquellos parajes.

Siempre lo había sido, especialmente cuando se iniciaba, como ahora, dejando atrás recientemente la suavidad de la primavera.

Los nubarrones se extendieron por el cielo, oscureciendo más aún la tarde. Sonó en la lejanía un tamborileo sordo, el fragor del trueno. Si llovía, lo haría torrencial pero brevemente, como ocurría

siempre en esta época del año.

Delante de las colinas, elevándose majestuosamente entre el verdor de la campiña, la edificación majestuosa pareció también ensombrecerse cuando el reflejo solar en sus numerosas vidrieras y ventanales se oscureció con el nublado.

La mansión veraniega de los Kasznar no pudo, sin embargo, adquirir un aspecto siniestro, ni mucho menos. Tal vez porque no lo tenía, desde que la vieja casa se convirtió en una amplia y moderna granja rodeada de prados, amoldándose así a los nuevos tiempos, aunque sin perder algunas de sus características más tradicionales, como eran los dos torreones viejos y las gárgolas de la parte alta, de vieja piedra gris. Gárgolas entre las que, naturalmente, se encontraba en lugar destacado, sobre la puerta principal, la efigie del *griffo* que había sido siempre símbolo de toda una dinastía.

Los criados estaban conduciendo ya los caballos al interior de los establos, al preverse la llegada del aguacero veraniego, posiblemente acompañado de gran aparato eléctrico. Muchas puertas y ventanas de la casa se cerraban ya, en previsión de males mayores cuando el viento formase corrientes capaces de hacer trizas todas las vidrieras.

—Y la señora sin venir —dijo uno de los sirvientes, escudriñando ceñudo el camino que serpenteaba entre las colinas, procedente del pueblo, hasta llegar a la mansión veraniega.

Los demás criados asintieron, buscando también en vano a la mencionada señora.

No había el menor rastro de vehículo alguno en el sendero. Movieron la cabeza con aire contrariado y acabaron de recoger el ganado, para cerrar establos y cobertizos, regresando apresurados a casa cuando empezaron a caer los primeros, gruesos goterones.

En el cielo repentinamente gris plomizo, centelleó una culebra de fuego. La tierra tembló con el estampido del trueno y la lluvia arreció repentinamente.

*

*

*

El automóvil era un viejo modelo, pero envidiable para muchas personas. Se trataba de un suntuoso Mercedes Benz de 1960 grande y pesado, sólido y elegante. Rodaba a buena marcha por la estrecha carretera, acelerando su velocidad a medida que dejaba atrás las cerradas curvas de las colinas y enfilaba el llano.

Para entonces, ya llovía con fuerza y el agua martilleaba la capota sonoramente, corriendo asimismo por el parabrisas con tal abundancia, que la única pasajera, sentada al volante del coche, se veía en dificultades para otear el camino, a pesar del constante vaivén de las varillas limpiadoras.

Su rostro había reflejado hasta entonces honda preocupación. Ahora también revelaba irritación y fastidio. No había contado con aquella inoportuna tormenta de verano, para acompañarla en su regreso de Bosznaburg a casa. Y aún le quedaban al menos cinco millas de recorrido.

Exasperada, limpió a manotazos el vaho que se había formado en el parabrisas, pero eso no la ayudó mucho. La lluvia era ya torrencial y la visibilidad nula. Si se cruzaba con otro vehículo —cosa poco probable en aquel paraje tranquilo y deshabitado de la campiña—, podía ocurrir cualquier cosa. Pero también era posible que se saliese de la carretera, yéndose a una zanja al menor descuido que sufriera.

La dama tomó una repentina decisión cuando, apenas siluetada en el parabrisas chorreante, vislumbró la forma del pabellón de caza, ya en desuso desde hacía muchos años. Desde allí a la hacienda, había justamente cuatro millas y media, lo sabía muy bien. Demasiada distancia para conducir con aquel torrente de agua desplomándose desde el cielo. Era mejor hacer un alto y esperar a que escampara. Acostumbraba a hacerlo pronto cuando estas tormentas tenían lugar en verano, muy al contrario que en el invierno, cuando los temporales, fuesen de agua o nieve, acostumbraban a durar semanas enteras.

Desvió el Mercedes hacia su izquierda, haciendo sonar varias veces el claxon por si acaso, y sintió el bamboleo del vehículo, cuando las ruedas pasaron el desnivel donde antes estaba la vieja cerca, para entrar en el terreno de altos matojos silvestres en que se alzaba el antiguo pabellón de caza de los Kasznar.

Frenó en seco ante la sombra del pequeño edificio circular y respiró hondo, apoyada en el volante, mientras el agua caía sobre el coche a raudales, y el trueno era audible rebotando de prado en prado como el gruñido de un animal salvaje.

Entreabrió la portezuela. El agua formaba una densa cortina casi impenetrable, en el escaso trecho de cinco o seis yardas que le separaba de los viejos peldaños de piedra del pabellón, todavía cubiertos aceptablemente por la comisa saliente, pese a su estado ruinoso. El trueno descargó con mayor fuerza en ese momento, mientras un destello cárdeno, cegador, la obligaba a cerrar sus párpados, asustada.

—Dios me ayude —susurró, echando a correr impulsivamente hacia el pabellón, con la sola protección de su pañuelo de cuello, echado ahora sobre la cabeza.

Aun así, alcanzó los peldaños empapada, con los cabellos chorreando bajo el mojado pañuelo. Pero respiró con cierto alivio cuando, bajo su presión, la vieja puerta de madera agrietada y crujiente, cedió sin dificultades, ofreciéndole la dudosa hospitalidad de un interior polvoriento, vacio y pro fundamente oscuro, con fuerte olor a humedad y abandono.

De todos modos, ya era algo. Mejor que permanecer bajo el aguacero o encerrada en el coche. Penetró en el edificio con una fuerte inspiración de aire en sus pulmones, y se quitó el pañuelo de la cabeza, sacudiendo su empapada cabellera. Luego miró en torno.

Repentinamente, no estuvo segura de haber obrado bien. El pabellón, ahora, tenía un cierto aire inquietante. Nadie lo pisaba desde hacía décadas. Se había perdido la costumbre de utilizar esta clase de refugios durante una cacería, como se había perdido también el propio hábito de cazar. Eran otros tiempos. Incluso para las familias principescas y de rancio abolengo. Ahora, el pabellón no invitaba a pensar en románticas historias de amores prohibidos o en súbitos enamoramientos con fondo de trompas de caza y ladridos de lebreles. Su aspecto abandonado, polvoriento y sin luces, era más bien repulsivo e inhóspito. La dama dio unos pasos por él, casi notando físicamente la densa capa de polvo que pisaban sus tacones. De pronto, lanzó un grito ahogado, cuando pisó algo más blando y vivo. Un chillido agudo se perdió en la oscuridad mientras algo corría por el suelo.

—Ratas... —musitó—. Cielos, qué horrible lugar... Y pensar que yo de niña venia aquí a jugar...

Se estremeció. No, decididamente, no había sido una buena idea. Todo por culpa de aquella inoportuna tormenta...

Dio unos pasos más, extremando sus precauciones para no pisar de nuevo a uno de los repugnantes habitantes que actualmente moraban en el pabellón abandonado. De súbito, estuvo a punto de lanzar un terrible alarido, cuando se enfrentó con la fantasmal figura erguida ante ella, mirándola con ojos dilatados desde las sombras del muro.

Tardó varios segundos en recordar que era sólo un espejo. Y el fantasma era ella misma, tal era ahora su palidez y su gesto demudado...

—Estúpida de mí... —susurró, dominando sus temores—. Incluso me asusto de mi misma... Pero ¿quién no tendría miedo, después de saber lo que *ahora* sé? *Es* como... como si para mí todo fuese distinto desde esta tarde...

Avanzó despacio hacia el espejo. Se contempló en silencio, más calmada. Vio una figura erguida, señorial, elegante, a pesar de las ropas mojadas y el cabello desordenado y goteante. Vio un rostro de gran palidez, ojos grandes y claros, expresión de temor, casi de angustia mal encubierta. Y unas manos blancas, largas, aristocráticas, con el sello familiar, el *griffo* negro sobre campo rojo...

—Dios mío... —oyó su propia voz, mientras sus labios se movían, allá en el espejo

alto, de cuerpo entero, cubierto de polvo y de telarañas, ante el cual coqueteaba ella de niña inconscientemente—. A veces no puedo creerlo. Me pregunto si todo esto es posible... Por eso estoy deseando estar de vuelta en casa, comprobarlo por mi misma... y. sobre todo, *combatirlo.*

Giró la cabeza, asustada. La puerta había emitido un largo chirrido agrio. Se cerró de golpe. Suspiró, moviendo la cabeza. Todo lograba amedrentarla ahora, pensó con disgus- to. Y quizás sin razón alguna para ello. No se sentía segura de nada, ni siquiera de lo que había descubierto aquel día en la ciudad. Era todo tan fantástico, tan horrible...

Llegó a la puerta para abrirla de nuevo y dejarla entreabierta, como ella la encontrara. Se sorprendió. Era raro. Muy raro.

La puerta no cedía.

Ahora, no. Estaba ajustada, herméticamente cerrada. Trató de serenarse en la oscuridad. Era ridículo perder la calma, ponerse nerviosa. Aquella puerta no podía cerrarse así. Había cerrado siempre por dentro, con el viejo pestillo, ahora oxidado. Lo buscó a tientas. Lo encontró. Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

¡Estaba echado hasta el fondo!

Era incomprensible. El viento no podía cerrar un pestillo totalmente, y menos estando *dentro.* Pero, de todos modos, carecía de importancia, pensó, tratando de mantener la calma. Era fácil tirar de él, descorrerlo, abrir... y salir corriendo de allí, para no seguir pasando miedo estúpida c inútilmente. Era mejor soportar el aguacero, conducir bajo la lluvia...

Tiró del pestillo. Con fuerza. No cedió.

Respiró hondo. Tal vez lo había hecho mal. Insistiría. Tenía que ceder. No podía ser de otro modo.

Aterró la extremidad del pestillo, cubierto de orín y de suciedad. Sus dedos se enredaron en la viscosa red de una telaraña. Tiró hacia si casi violentamente, esperando oír el crujido del pestillo al ceder inevitablemente a su esfuerzo.

No ocurrió. Tampoco cedió esta vez.

Un repentino sudor helado mojó su piel, mezclándose con el agua que la empapaba. Se apoyó en la puerta de madera vieja, agrietada, tratando de mantener el control sobre si misma.

—No puede ser... —susurró—. No puede ser. Esto no sucede. Sólo que estoy nerviosa... Si el pestillo se ha encajado y no cede, nada más fácil que romper esas tablas podridas que forman la puerta...

El pestillo no cedió. Una, dos, tres veces más probó en vano. No se movía ni una sola pulgada. El aire dentro del pabellón se enrarecía. El olor a humedad y abandono era cada vez mayor. La oscuridad ahora era absoluta. Las ven tanas llevaban años tapiadas. Una rata se atrevió, insolente, a pasear sobre su pie, rozandola con sus patas. Sintió asco, pero

no terror. Eran otras cosas las que la atemorizaban ahora.

Buscó a tientas. Había viejos muebles en el pabellón: una mesa, un escabel, un sofá... Su mano alcanzó el escabel. Lo alzó, estrellándolo contra la puerta violentamente. El escabel se hizo pedazos, saltando sus patas a todos lados. La puerta siguió inconmovible. Como si fuese de acero. Y eso que las patas del taburete eran de recia madera sólida. Recogió una de ellas y siguió golpeando. No pasó nada. La puerta no cedía, no crujía siquiera.

Se detuvo, jadeante, desalentada, apoyándose en el muro con creciente horror. En ese momento, el viento pareció filtrarse por invisibles rendijas dentro del pabellón, y emitió un sonido sibilante, como una risa aguda. Se volvió en todas direcciones, angustiada.

¡Se vio a sí misma, de nuevo, en el espejo!

A pesar de la oscuridad, se estaba contemplando. Su figura, su rostro, todo su profundo terror reflejado en aquel cristal azogado, cubierto por el polvo de años.

Un raro resplandor cárdeno parecía brotar del propio espejo, permitiendo esa visión estremecedora. La mujer chilló al fin, rotos sus nervios. Chilló aguda, profundamente... y arrojó la pata del escabel contra el espejo, con rabia infinita.

El silbido del viento ya no fue tal. Era como una carcajada demoníaca, rebotando burlona en cada muro curvado del pabellón en que estaba encerrada ella ahora.

Dio vueltas, desesperada, aferrándose a los muros en busca de una salida, mientras toda la superficie del espejo se hacía añicos, al ser golpeada por la sólida pata de madera, y la figura de la mujer reflejada se convertía en mil pedazos distintos en los que parecía repetirse hasta el infinito el resplandeciente reflejo.

Luego, todos aquellos vidrios, en vez de caer, dispersos, por el suelo polvoriento, volaron hacia la mujer, como cuchillos afilados. El alarido de ella fue largo, profundo, estremecedor...

Miles de fragmentos de vidrio se hincaron en sus manos crispadas, en su rostro, en su boca, sus ojos, sus cabellos, su cuerpo todo, acribillándola... Regueros repentinos de sangre escaparon de aquella figura cosida a cortes, a medida que oscilaba, cedía, se desplomaba de bruces, y la risa extraña, fantástica, seguía rebotando de muro en muro, hasta herir los oídos, si es que alguien hubiese podido oírla realmente.

Pero la única persona allí presente ya estaba muerta, convertida en una horrible criba humana, cosida virtualmente de

cristales que se incrustaban en su carne ensangrentada.

En ese momento, la risa diabólica cedió. Reinó un profundo silencio en el oscuro pabellón de caza.

Chirrió el pestillo. La puerta se abrió, oscilando a impulsos del viento y las ráfagas de lluvia. Lentamente, dejó de soplar aquel aire húmedo. Cesó la lluvia y se dispersaron las negras nubes en la tarde.

Las ratas corrieron sobre el cuerpo sin vida de la mujer del pabellón de caza, parándose a husmear la sangre encharcada con sus largos y feos hocicos...

CAPITULO
II

Floyd Lowry bajó del *bus* rojo en Piccadilly Circus, dirigiéndose por su propio pie hacia Oxford Street. Antes, se detuvo a contemplar un escaparate con publicaciones porno gráficas y objetos eróticos. Meneó la cabeza y siguió adelante, entrando en un restaurante italiano inmediato.

Le gustaba la comida italiana. Sobre todo, cuando tenía poco dinero y muchas
deudas. Aquella gente daba bien de comer por un precio módico. Sabrosos *spaghetti* con carne y queso rallado, buena fruta y café al estilo europeo. Cuando salió del restaurante, amablemente despedido por los obsequiosos latinos, se sentía mucho mejor, y su raquítica economía no había sufrido en exceso. A pesar de todo, ni siquiera tomó el *bus* de nuevo para dirigirse a la vieja librería de Shaftesbury, un poco más allá de Charing Cross. Era un buen paseo, pero podía ver chicas bonitas por las calles, entremezcladas con hindúes y orientales que parecían los verdaderos y únicos habitantes de Londres a juzgar por su abundancia, y eso compensaba un poco el esfuerzo.

Empujó la vieja puerta cristalera del establecimiento, y el tintineo musical de la entrada avisó al librero de su presencia. Un rostro canoso y afilado asomó por entre montones de volúmenes y animales disecados, como si fuese una aparición fantasmal. Emitió una queja amarga:

—Vaya por Dios, si eres tú... Creí que era un cliente. —Hombre, cualquiera diría que
yo no soy también cliente tuyo... —protestó Lowry.

—Mira, tú eres cliente mío sólo cuando tienes dinero para pagar un libro. Y eso no ocurre nunca más de una vez por año. ¿Crees que se puede vivir con una sola venia al año, Floyd?

—Si cada londinense hiciera igual, le harías rico.

—Pero lo malo es que no iodos hacen igual... —bostezó el hombre, deambulando hacia él por entre el hacinamiento de viejos libros—. ¿A qué has venido?

—Deberías suponerlo. Me dijiste que me pagarías

puntualmente mi comisión por los volúmenes que vendieras de mi obra...

—Eso fue hace diez meses. Floyd. Y te pagué religiosamente la comisión de los cinco únicos ejemplares vendidos hasta entonces.

—¿Y ahora?

—La venta sigue parada en el número cinco. Si quieres comprobarlo, baja al sótano y encontrarás allí tus libros amontonados, tal y como estaban la última vez que viniste por aquí.

—¿De modo que mi edición sigue ahí, sin proporcionarme un solo penique...?

—Eso es. Pero si quieres aprovechar la ocasión, tengo un nuevo libro sobre exorcismos y satanismo que...

—Al diablo con ese libro, y nunca mejor empleada la frase —se irritó Lowry—. Lo que yo quiero es dinero, no más libros.

—Pues lo siento. No hay ni un chelín para ti. Son malos tiempos, muchacho. Nadie se

gasta dinero en libros.

—He visto una *sex-shop* muy concurrida...

—Oh, eso sí. Siempre tiene salida ¿Por qué no editas una obra pornográfica? Eso si podría venderse bien...

—Vete al infierno, viejo brujo. Sabes que yo sólo podría escribir algo sobre mi tema favorito: el ocultismo. A fin de cuentas, no vivo de la pluma.

—Tú no vives de nada, Floyd —rió el viejo sarcásticamente.

—Muy gracioso —Lowry- arrugó el ceño—. Tengo una agencia de investigaciones privadas...

—Oh, por supuesto, por supuesto. ¿Y cuántos dientes tienes ahora?

—Ninguno —confesó Floyd Lowry con un resoplido—. El último que tuve quería que sorprendiera a su mujer con otro en un hotelucho de Chelsea. Lo conseguí. Y el tipo se puso tan furioso que no me pagó siquiera. Luego he sabido que volvió con su mujer. Maldita suene la mía...

—Estás sin blanca, ¿eh?

—¡Y cómo lo sabes, amigo!

—Está bien, está bien —refunfuñó el viejo librero, rebuscando en un monedero que extrajo con sus sarmentosas manos de un bolsillo oculto en las tétricas profundidades de sus ropas oscuras y ajadas—. ¿Te arreglas con cinco libras a cuenta de tus futuras comisiones de libros vendidos?

—Me arreglo con lo que puedas darme, seguro.

—Pondré algunos de los ejemplares de tu obra en el escaparate, sustituyendo al último libro de brujería escrito por sir Dorian Tuesdale. Después de todo, tampoco ése se vende... Espero que para el año dos mil hayas podido amortizar ese préstamo. Floyd Lowry.

—Eres único para dar moral a cualquiera —se lamentó Floyd, tomando al vuelo el billete de cinco libras que le tendía el librero—. Gracias, amigo. Podré desempeñar algo y comer un par de días. Ya es suficiente por el momento...

—Pero no vuelvas por aquí en mucho tiempo, ¿está claro? No te pienso adelantar ni un penique más, maldita sanguijuela. ¡Vamos, largo de mi librería, no vayas a darme mala suerte también a mí!

Riendo, Lowry salió de la vetusta y oscura librería dedicada a vender raras ediciones de libros más raros todavía, especialmente sobre temas de esoterismo, satanismo y ciencias ocultas.

Silbando alegremente, regresó a su oficina, incluso dedicando un guiño a dos muchachas con minifalda con las que se cruzó por

Piccadilly, y que se rieron con buen humor cuando aquel joven anárquico y estrafalario, de larga cabellera, suéter negro de cuello alto con una gran cruz metálica colgando de una cadena gruesa, plateada, y pantalones tejanos tan viejos como usados, les dirigió su gesto pícaro.

Abrió la puerta vidriera con un suspiro resignado, y entró en la oficina, sentándose tras su mesa de trabajo después de hacer una rápida visita al retrete. Desplegó un ejemplar del *Mirror* del día anterior y se enfrascó en la lectura de los horóscopos semanales y las carreras de caballos.

—Buenas tardes, señor Lowry. ¿Puedo pasar?

El *Mirror* cayó de sus manos. Miró estupefacto al hombre que acababa de hablarle en un inglés imperfecto, de fuerte acento extranjero, tímidamente asomado a la puerta de su triste y cochambrosa oficina. De no haber mencionado su nombre, hubiera dicho que se trataba de un error. Aquel hombre vestía demasiado elegantemente para ser presunto cliente suyo.

—Oh, sí, sí, pase por favor —se apresuró a responder, poniéndose en pie y derramando el cenicero sobre sus tejanos—. Estaba... estaba leyendo la crítica literaria de uno de mis últimos libros, aprovechando el poco tiempo libre de que dispongo...

—Si está demasiado ocupado, perdone la molestia. Ya me retiro... —habló el visitante, cortés, casi humilde, iniciando el mutis.

—No. no. por favor —Lowry trató de arreglar con toda celeridad el desaguisado que había estado a punto de provocar despidiendo a su visitante, saltando hacia él y tomándolo efusivamente del brazo para que entrara en la oficina—. Puede sentarse, caballero, se lo ruego. Gustosamente dedicaré otro poco de mi tiempo a atenderle, se lo garantizo... Será para mí un auténtico placer. Siempre es grato recibir a un caballero, sobre todo en este oficio que nos obliga a tratar con tantas personas incómodas...

—Es usted muy amable, señor Lowry sonrió el hombre, agradecido, aceptando el asiento frente a él—. Pero en absoluto quisiera, hacerle perder su tiempo. Tenga en cuenta que pretendo ser cliente suyo, pero, si aceptara usted mi caso, tendría que viajar de inmediato a Europa, al Continente...

—¿Al Continente? — boqueó Lowry, estupefacto, estando a punto de dejar caer ahora el paquete de cigarrillos *Rothmans* que ofrecía a su visita.

—Así es, señor Lowry —suspiró el desconocido, siempre en correcto inglés pero de indudable acento extranjero—. Pagando todos sus gastos, viajes, dietas, y todo lo demás, por supuesto, al margen de sus honorarios.

Aquello era como oír música celestial. Lowry se dijo que quizás el vino italiano era demasiado fuerte y. si cerraba sus ojos, cuando los abriese se encontraría solo en la oficina, y el caballero extranjero seria sólo producto de su imaginación. Por si acaso, ni siquiera hizo la prueba.

—Gustosamente escucharé sus palabras, se lo aseguro. ¿Un cigarrillo, señor...?

—Sandor. Conde Sandor, señor Lowry -se presentó con sencillez el caballero. Y

tomando un cigarrillo, añadió—:

Gracias, muy amable...

Floyd no salía de su pasmo. Tener un conde en su oficina, como posible cliente, era tan insólito como ver a un cargador de muelle recibido con todos los honores en Buckingham Palace. Le encendió el cigarrillo, prendió uno para él, terminando de sacudirse la ceniza del pantalón, tomó asiento, y se quedó mirando a su visitante con aire absorto.

El caballero era alto, canoso y de indudable distinción. Camisa de seda, corbata italiana, traje cruzado gris, un sombrero de mezclilla también gris con una pequeña pluma en la banda, reloj y cadena de oro, una sortija de oro con un diamante deslumbrador al recibir la luz del día que pugnaba por filtrarse a través del polvo de las ventanas, y un raro sello en la otra mano, con un mítico *griffo* de color negro, siluetado

sobre un grueso rubí de
color carmesí radiante.

Aquel hombre no sólo olía a dinero por todas partes. Tenía clase. La que correspondía a un aristócrata del Continente.

—Bien, señor conde —dijo con lentitud Lowry—. Le escucho.

—Verá, señor Lowry —comenzó el otro con cierta indecisión—. Le he elegido a usted entre todos los detectives de Londres, por una sola razón.

—¿Cuál? —la verdad es que Floyd estaba deseando saber qué razón era ésa.

—Esto —dijo con simplicidad el conde Sandor.

Y puso ante Lowry, en su mesa de trabajo, un ejemplar de su libro sobre ocultismo y satanismo. «La morada de las Tinieblas». Uno de los cinco ejemplares, sin duda alguna, que su amigo el librero había vendido en esos meses.

Floyd pestañeó, perplejo. Era lo último que hubiera esperado ver. Alzó la mirada hacia su visitante, enarcó las cejas y manifestó con toda sinceridad.

—Temo no entender.

—Este libro lo ha escrito usted, ¿no?

—Así es. Pero es una obra sobre ocultismo, no sobre la ciencia del detective privado, señor conde.

—Por eso he venido a verle. Necesito un detective... capaz de enfrentarse a Satán,
señor
Lowry.

*

*

*

—Enfrentarme a Satán...

—Exacto, señor Lowry. Usted escribe ahí, en su obra, que es posible luchar contra el
Diablo
y
derrotarlo.

—Bueno, no lo digo yo solamente. Me limito a recoger experiencias ajenas, señor conde. Pero esta oficina no se dedica al ocultismo ni a la tarea de exorcizar endemoniados, sino a investigaciones privadas...

—Lo sé —sonrió tristemente el conde Sandor—. Por eso estoy aquí. Deseo encargarle que investigue dos asesinatos cometidos en

Europa, en mi país. Dos asesinatos cometidos por Satanás.

Floyd empezó a preguntarse si el conde, pese a todo su aire distinguido, estaría bien de la cabeza. Como cliente, era de lo más raro imaginable. El era detective por oficio, y es- critor de temas ocultos por afición, pero eso era todo. Nunca había mezclado una cosa con otra. Y. ciertamente, nadie se lo había pedido jamás.

—¿Está seguro de lo que dice? —se interesó.

—Totalmente, señor Lowry. No he viajado a Inglaterra solamente para hablar de charlatanerías con un desconocido, créame.

—Lo siento. No pretendía decir eso.

—Lo sé. Comprendo que este algo confuso. Por lo que he podido colegir a través *de* su libro, usted siente un profundo interés por los temas ocultos.

—Así es.

—Pero se dedica a algo que está bastante reñido con esa materia: investigar casos de divorcios, informes financieros y cosas así.

—Tiene usted toda la razón.

—Yo le ofrezco la posibilidad de aunar ambas cosas, su oficio y su vocación. Le aseguro que no es un caso vulgar, ni mucho menos. Hay muertos de por medio. Y habrá más, si el Diablo no es vencido.

—Existen exorcistas. señor conde...

—Quiero que *usted* lo resuelva a su modo, con exorcismos o no. No creo en los religiosos y sus métodos, lo siento. Existe alguien empeñado en ayudarme, el reverendo Borzman, de mi país. Pero sé que el Diablo es más fuerte que él. Y tengo miedo.

—El Diablo siempre es fuerte. Pero la fe y Dios lo son más, señor conde.

—Es posible Si usted tiene a Dios y a su fe al lado, quizás venza a Satanás. Es un riesgo, lo admito. A nadie le gustaría la idea de enfrentarse al Diablo.

—Suponiendo que, realmente, sea el Diablo a quien hay que enfrentarse —apuntó cuidadosamente Lowry—. El Mal está en nosotros, los hombres. El Enemigo sólo hace que aprovecharse de nuestras debilidades. No necesariamente tiene que intervenir de modo directo.

—Yo *sé* que esta vez es así. Señor Lowry, puedo abonarle ahora mismo un anticipo de tres mil libras esterlinas, su pasaje para Europa, otras mil libras para gastos de viaje, equipo, ropa y todo cuanto precise, y tendrá una cuenta abierta en un Banco europeo de carácter internacional, hasta un límite de otras diez mil libras. Sé que no hay dinero que compense de ciertos riesgos, pero le aseguro que no será tacañería lo que encontrará en mi, a cambio de su ayuda en este espantoso asunto.

Floyd Lowry se quedó viendo visiones, mientras el conde Sandor, indiferente, extraía de su bolsillo una cartera, de ésta un fajo de billetes flamantes, un cheque a su nombre por otra suma y un talonario contra un famoso Banco, igualmente a nombre suyo y a cierta cuenta corriente. De pronto, sus escasas siete libras y veinte peniques de fortuna, se convertían en un auténtico rio de oro.

Por aquella suma, pensó, estaba dispuesto a enfrentarse al propio Diablo, como quena su extraño cliente. Pero aun que no podía dejar escapar la ocasión, tampoco debía demostrar su entusiasmo por ella.

—Admito que es usted generoso, señor conde —expuso con cautela—. Pero nada le garantiza que yo sea capaz de vencer a... a Satanás. Es un duelo muy desigual el que me propone.

—Lo sé. Decídase, se lo ruego. Estoy seguro de que es el único capaz de llevar a cabo tal proeza. Lo pensé desde que leí su libro.

—Gracias. Tiene mucha fe en mi. Eso me conmueve —sus piró Floyd. Y añadió rápido—: Sólo por ello... acepto su caso. Estoy a su entera disposición. ¿Cuándo pan irnos?

—Esta misma noche por vía aérea hasta París, señor Lowry —respiró hondo el aristócrata—. Desde allí, otra línea aérea nos conducirá a mi país.

—¿Y ese país es...?

—El Principado de Morgenstein, en la Europa Central. Un país minúsculo, tranquilo y hermoso, donde nunca sucede nada. Y por contraste, allí, precisamente *allí...* está ahora el

Diablo, esperando su victoria final.

*

*

*

—¿Ah, eres tú otra vez? No, amigo mío, no. Nada de nuevos préstamos... —cloqueó indignado el librero, emergiendo de entre sus libros—. Ni siquiera he puesto aún tus volúmenes en el escaparate, de modo que...

Se detuvo. Miró estupefacto a su visitante. Meneó la cabeza.

—Eh, ¿qué es eso? ¿Has asaltado acaso al Banco de Inglaterra? ¿De dónde ha salido esa ropa nueva, Floyd?

Lowry rió de buena gana, impecable con su traje nuevo, en el que sólo persistía su suéter negro, aunque flamante, y sobre él la cadena de plata con la cruz del mismo metal Puso sobre el mostrador polvoriento un billete de cinco libras.

—Te devuelvo tu préstamo, viejo zorro —le dijo alegremente—. Visitar tu tienda me dio suerte hoy. Me marcho a Europa.

—¿A Europa? ¿Dices que vas al Continente... tú? —tartajeó el librero—. Cielos, Floyd, no habrás hecho nada malo...

—Te aseguro que no. Puedo afirmarte que soy un ángel... y nunca mejor empleada la palabra que ahora, con lo que allí me espera —rió Lowry—. Guarda toda mi edición. Si todo me sale bien en el Continente, es posible que te hagas rico con ella. Por otro lado, toma: te compro cien ejemplares de mi libro. Envuélvelos y tenlos guardados hasta mi re- greso. No quiero que se agote totalmente mi edición...

Y para pasmo del estupefacto librero, puso hasta doscientos libras sobre el mostrador, agitó su brazo cordialmente, y salió, repiqueteando la campanilla de la puerta, un alegre y amistoso:

—¡Hasta pronto... o hasta nunca, viejo amigo!

La puerta se cerró tras él. La campanilla emitió sus últimos tintineos. El librero tomó el dinero y meneó la cabeza, aún sin entender nada.

—Sea lo que sea lo que hagas... que Dios te acompañe, muchacho -musitó el viejo vendedor, sin saber lo necesario que sería que ese deseo suyo se cumpliera.

CAPITULO III

—Es una vieja historia. Lowry. Vieja y sombría como todo lo demoniaco...

—Le escucho, conde.

El elegante caballero sentado a su lado en aquel avión que sobrevolaba ahora Europa, procedente del Aeropuerto Charles De Gaulle de París, se retrepó en el asiento del reactor de *Air France* y contempló a través de la ventanilla las nubes blancas que sobrevolaban, por encima de Europa.

—lodo comenzó hace muchos años, cuando uno de nuestros antepasados, según la

leyenda, viéndose perdido en una guerra feudal de esos tiempos, invocó la ayuda satánica para poder derrotar a quienes le tenían ya a él virtualmente vencido en el campo de batalla... —explicó el aristócrata lentamente, entornando los ojos como si sintiera sopor—. Lo cierto es que ganó aquel combate que todos ya creían perdido y la dinastía de los Kasznar se salvó, reinando de nuevo en las tierras de Morgenstein. Pero el pacto había tenido sus condiciones previas, que el vencedor en la batalla debía de cumplir escrupulosamente. Esas condiciones eran la entrega de su alma el día de su muerte, así como la de un miembro de cada generación de los Kasznar a partir de entonces, y a lo largo de varios siglos. Se dice que el señor feudal trató de burlar ese pacto pero no lo logró. Su satánico aliado se la hizo cumplir durante una fiesta pagana, al encontrar la muerte quemado vivo por un fuego que misteriosamente se provocó sin que nadie supiera la causa. Murió emitiendo horribles alaridos y se asegura que, incluso muchos días después de muerto, esos alaridos eran audibles en toda la región en las noches oscuras del invierno.

—Eso suena simplemente a leyenda, como usted dijo —declaró Lowry, escéptico.

—Por supuesto —el conde Sandor hizo un gesto elocuente con sus brazos—. Así lo consideré yo siempre. Lo mismo que la afirmación de que, cada generación, uno de los Zasznar encontraba la muerte en circunstancias extrañas, siendo muy joven aún, y su alma vagaba durante un tiempo por las tierras, hasta que el Diablo venia a recogerla. Nuestras tierras eslavas son regiones donde la leyenda se funde muchas veces con la realidad, y donde las supersticiones cobran carta de naturaleza, desde los «hombres

lobos» hasta los vampiros, y desde los *vurdalaks* hasta los espíritus de quienes no reposa ron jamás en tierra cristiana.

—Eso fue siempre así. Y usted habló, sin embargo, de dos asesinatos recientes... y del Diablo en persona, conde —le señaló Lowry. pensativo.

—Eso es. Dos asesinatos. Mis primos Hansel y Katia... Ambos han sido asesinados por Satanás, Lowry. Este mismo año.

—¿Este año? —pestañeó Floyd, perplejo, mirándolo con asombro.

—Así es. Mi primo Hansel murió trágicamente a principios de febrero, durante el crudo invierno que cubrió de nieves nuestro Principado. Katia, su esposa, murió este mismo verano, hace sólo dos semanas...

—Dos semanas... —repitió Lowry, muy despacio—. ¿Cómo sucedió?

—Hansel encontró la muerte al quebrarse el hielo que cubría la superficie del río que

pasa cerca de nuestra residencia invernal, junto a la ciudad de Bosznaburg, capital de nuestro pequeño país. Pese a que el grosor de esa capa de hielo era enorme, cedió bajo su trinco, y Hansel desapareció bajo el hielo con el vehículo. Nunca apareció su cuerpo, pero si el trineo, con los cadáveres de los animales de tiro.

—¿Quiere decir que el cadáver no fue encontrado?

—Exacto.

—Pero usted ha dicho que él ha muerto. ¿Dónde está la prueba de ello?

—En primer lugar, en su desaparición bajo la capa helada. En segundo lugar, porque su cuerpo fue visto deambulando por las cercanías de la propiedad, una noche de luna, semanas más tarde. Era la figura de un espectro, de un ser al que, pese a ser llamado por su nombre, no respondió a las llamadas, y repentinamente desapareció en la nie\c sin dejar rastro, mientras era escuchada una risa extraña, demoníaca, en todo el paraje de su aparición.

—Supongo que eso es también otra leyenda de su país... —frunció el ceño Floyd.

—¿Leyenda? —el aristócrata hizo un ademán ampuloso—. Oh. no, no, nada más lejos de eso. Fueron muchos los testigos que vieron a Hansel deambular por la nieve, con el rostro blanco como un papel, la mirada extraviada y vidriosa, el cuerpo rígido...

—¿Qué dase de personas, conde? —el escepticismo en la voz de Floyd era claro.

—Personas como su propia esposa, Katia, como su pequeño hijo de siete años. Lajos... Y por si ello fuera poco, por nuestro primer ministro y burgomaestre de la ciudad, Vrolak, el jefe de policía Dvórzak... y el reverendo Borzman, nuestro capellán.

—¿Todos ellos vieron al fantasma?

—Todos, sin excepción. Ah, olvidaba a alguien más: Mordana, el aya del pequeño Lajos. Pero ella no es de fiar tanto como los otros. Le gusta hablar de brujerías, encantamientos y endemoniados. Nadie la hubiera creído. A los demás, nadie podía poner en tela de juicio sus afirmaciones. Lowry.

—¿Buscaron bien después, en el lugar donde le vieron aparecer?

—Por supuesto. Se registró palmo a palmo. El terreno nevado ni siquiera mostraba síntomas de una presencia humana: ni pisadas, ni roces... ni nieve removida. Nada. Pero primo Hansel había estado allí durante cosa de un minuto o dos. a la vista de todos, a la claridad lunar, que era extraordinaria aquella noche, y más al reflejarse en el blanco suelo nevado.

—Entiendo. Mencionó también la muerte de Katia... ¿Era la

propia testigo de...?

—Sí. La testigo de la aparición. La madre de Lajos, la esposa de Hansel... Eso fue hace dos semanas, como le dije. En pleno verano, a la luz del sol... Bueno, no exactamente — carraspeó el conde, incómodo—. Era un día de radiante sol y calor, sí. Pero de repente, inexplicablemente, el cielo se nubló, surgió la tormenta y cayó un aguacero torrencial, que duró cosa de quince minutos. Durante el mismo, Katia estaba de regreso de Bosznaburg, en dirección a la residencia de verano de la familia. Debió sorprenderla el temporal y detuvo su Mercedes a cosa de cuatro millas de la casa, junto a un viejo pabellón de caza ya en desuso. Fue encontrada allí dentro horas después, gracias a los perros de la finca. Estaba dentro del pabellón, destrozada por una auténtica lluvia de cristales clavados en su cuerpo, en sus ojos, su rostro, sus manos... Era un espectáculo horrendo —musitó, cerrando sus ojos con la respiración entrecortada.

—¿De dónde salieron esos vidrios?

—De un espejo de cuerpo entero que cubría un muro del pabellón. No habla ni un solo fragmento en el suelo. Todos, absolutamente todos, fueron a clavarse en ella, como si una fuerza maléfica los hubiera empujado.

—¿Pudieron clavarse en ella si cayó contra el espejo y lo destrozó con su propio peso? —quiso saber Floyd.

—Me temo que no. El marco del espejo seguía en pie, contra el muro. Ella yacía en el suelo, a cosa de dos yardas del mismo. Y no había ningún fragmento del espejo entre su cuerpo y el marco. Extraño, ¿no?

—Si, bastante —admitió Lowry, con la frente ensombrecida—. ¿Para qué había ido la dama a la población cercana?

—Nadie lo sabía. Salió inesperadamente de casa a mediodía. Sólo Mordana, la vieja aya del pequeño Lajos, afirma que llevaba un gesto extraño al abandonar la finca, y que le oyó mencionar algo relacionado con «lo que estaba sucediendo en casa de los Kasznar» y con su firme decisión de «terminar con ello de una vez por todas».

—¿Esas palabras tienen algún sentido para usted, señor conde?

—Desgraciadamente, si —resopló el aristócrata amarga mente —. En estos últimos tiempos, no sólo hemos vivido la tragedia de la muerte de Hansel y su fantasmal aparición. También está lo que le pasó al pequeño Lajos hace poco más de un mes...

—¿Al niño? ¿Qué le sucedió?

—Verá... Era su cumpleaños y dábamos una fiesta en su honor, pese al luto familiar. Los niños, después de todo, no tienen por qué verse amargadas sus vidas a causa de precoces tragedias proyectadas sobre sus vidas, es la opinión personal de mi primo, el príncipe Zoltan, y de mi mismo. Pues bien, durante esa fiesta, sucedió algo tan anormal y falto de explicación lógica como todo lo que está ocurriendo últimamente a los Kasznar.

—¿Qué fue ello?

—Lajos desapareció de repente de la reunión de niñas en el salón comedor de la planta baja. Alarmados, fuimos en su busca por si le ocurría algo, ya que ningún niño le había visto volver, tras verle dirigirse como en trance a las caballerizas... —El conde Sandor hizo una pausa, respiró con fuerza y añadió después, con tono trabajoso —; Fue horrible, amigo mío. No sé lo que hubiera llegado a suceder

de no ir todos en su busca con tal rapidez, escarmentados por los extraños acontecimientos que tienen por escenario las propiedades de la familia Kasznar.

—¿Qué había ocurrido, exactamente?

—Nada aún, por fortuna para el querido y pequeño Lajos, mi sobrino. Pero estuvo a punto de ocurrir de modo irremediable.

Se enjugó el sudor que mojaba su frente, como si el simple recuerdo del hecho le angustiara todavía, y añadió mirando con fijeza a su compañero de viaje;

—El Diablo estaba a punto de destruir al niño.

—¿Qué? —mascculló Floyd Lowry sin entender.

—Lo que le he dicho. Era el Diablo en persona, puedo jurarlo. Todos le vimos en aquel momento tan claramente como yo ahora le puedo ver a usted, Lowry. El pobre pequeño le miraba aterrado, indefenso, con los ojos desorbitados, temblando de pies a cabeza, presa de un pánico febril que, por desgracia, aún no se le ha pasado del todo, y

aún le hace gritar, tener pesadillas durante la noche, y despertar bañado en sudor, sollozando y abrazándose al ser querido que tenga más cerca en esos momentos.

—En resumen, señor conde, ¿qué es lo que vieron? —se impacientó Lowry, fascinado por aquel relato aun a su pesar.

—Había adoptado una forma horrenda, odiosa, como sólo el Mal puede presentarse ante los seres humanos cuando muestra su verdadera faz abyecta... Un cuerpo desnudo, de macho cabrío, rojizo y velludo, de apariencia grosera y obscena, de rostro de gárgola, iluminada por un resplandor que nunca ha existido en las caballerizas, muy semejante en su físico a ese *griffo* mitológico que sirve de emblema a la familia Kasznar desde tiempo inmemorial... No era sólo eso, sino que de su boca salía una lengua larga y afilada con la que humedecía insidiosamente sus labios babeantes, de los que brotaba una especie de sustancia verdosa y repugnante. Emitía sonidos roncos, salpicados de obscenidades atroces, de blasfemias repulsivas... y sus ojos eran como dos rojos carbones encendidos, brillando malignamente en sus cuencas ensombrecidas...

Lowry no pareció impresionado por la descripción. No era la primera vez que la oía. Gentes que juraban haber visto en persona al Diablo lo describían casi siempre así. Incluso se asemejaba a su versión personal del Enemigo, en su libro sobre exorcismos.

—Pudo ser una simple sugestión colectiva, ¿ha pensado en eso? —insinuó Lowry.

—Lo he pensado todo —el noble negó con la cabeza, estremeciéndose—. No fue eso. Juro que estaba allí, en persona. Lo vi. Todos lo vimos.

—¿Quiénes fueron... todos? —insistió el joven detective.

—Los que acudimos en busca de Lajos. Su aya Mordana, Mitza y Olar, los criados; Katia, su madre... y yo mismo. Luego entró la propia princesa Ilonka, la esposa del príncipe Zoltan, tía del niño como yo... y también le vio, lanzando un grito de horror.

—¿Qué pasó luego exactamente? ¿Trataron de ahuyentar al ser demoníaco mediante algún conjuro?

—Yo recurrí a lo más elemental, dominando mi terror. Salté ante el pequeño, me interpuse entre él y aquel ser de pesadilla... y crucé dos maderos del establo, a guisa de cruz, al tiempo que invocaba a Dios... El demonio se agitó, convulso, mirándome con odio, lanzó una retahíla de horribles blasfemias... y entonces Lajos sollozó, cayendo desvanecido. Le cubrí con la improvisada cruz, plantado ante el diablo. Y, de repente, este se envolvió en una especie de llamarada, el aire se llenó de olores sulfurosos y repugnantes... De súbito, el establo quedó vacío, mientras los

caballos, en los compartimentos inmediatos, relinchaban y coceaban, asustados. El demonio se había ido sin dejar más rastro de su presencia que un vapor apestoso en el lugar de su siniestra aparición... Ahí terminó todo. El doctor Lukas, amigo entrañable y médico de la familia desde hace muchos años, diagnosticó a mi sobrino una profunda crisis nerviosa, provocada por el miedo, cuando pudo ser atendido. Se repuso de ella en unos días, pero sigo notándolo asustado, temeroso de las zonas oscuras de la casa. No ha vuelto a pisar el establo, y va acompañado a todas partes. Ahora, sólo por su aya o por cualquiera de nosotros, sus tías. Antes, también por su madre, hasta que ella ha fallado. Cosa que ha venido a entristecerle y decaerle todavía más.

—Pobre chiquillo... —-suspiró Lowry—. A los siete años, son demasiadas pruebas

para él, la verdad... Ahora hábleme de los demás de la mansión. ¿Quiénes viven en ella habitualmente?

—En la residencia de verano, solamente nosotros, los Kasznar. Es decir, mis primos Zoltan e Ilonka, príncipes de Morgenstein. mi hermana, la condesa Tarda, el aya Mordana, los criados de confianza. Mitza, Olar y Tania, mozos de cuadras, un pequeño cuerpo de guardia militar, más simbólico que otra cosa, puesto que Morgenstein es un minúsculo Principado sin ejército, siempre en paz, regido por un Gobierno de corte socialdemócrata que preside el buen amigo Vrolak, también burgomaestre de la ciudad, con un cuerpo de policía de sólo seis hombres con un oficial al mando, el jefe Dvorzak, y con la protección de nuestros vecinos y aliados. países como Suiza. Austria, la República Federal Alemana o Checoslovaquia. En Morgenstein jamás hubo guerras, desde los tiempos feudales, y vivimos en paz y buena armonía con todos, sin necesidad de salvaguardar nuestras fronteras. Ni siquiera poseemos aeropuerto propio. Este avión nos dejará en Munich, y desde allí emprenderemos viaje por carretera o ferrocarril hasta la ciudad de Bosznaburg, junto a nuestro rio, el Wikla.

—Comprendo —suspiró Lowry. asintiendo—. Y en un país tan amable, pacifico y bucólico, conde Sandor, aparece de repente nada menos que Satanás en persona...

—Así es. ¿Qué piensa ahora de mi historia, Lowry?

—Sinceramente, no lo sé. Tengo que conocer el terreno, hablar con ciertas personas, testigos de esos sucesos, analizar detalles, estudiar acontecimientos... ¿Por qué supone que el Diablo quiso matar a Hansel y Katia, y tal vez al propio niño, o cuando menos amedrentarlo con su horrible presencia?

—Eso lo ignoramos todos.

—Usted dijo que podía tener sus orígenes en la leyenda negra de la dinastía de los Kasznar...

—Es sólo una posibilidad, puesto que en los orígenes medievales de la dinastía familiar surge ya la leyenda del Diablo, amigo mío...

—Si, lo sé —suspiró Floyd Lowry con una leve afirmación de cabeza—. Bien sabe usted que no acojo nada con escepticismo, que investigo y estudio con interés todos los fenómenos que no tienen explicación lógica, las cosas que no son de este mundo ni se rigen por sus leyes. Pero no me gusta basar una teoría sobre hechos tan poco concretos como la superstición de una época remota, en la que era fácil imaginar o inventar cosas. De otro modo, nunca hubiera existido la «caza de brujas», ni Galileo o Servet

hubiesen sido calificados de seres malignos o hechizados.

—Pero el Diablo a quien todos vimos amenazando al pequeño Lajos, *existía*. era real,

Lowry.

—Posiblemente lo fuese. Debo aceptar su testimonio, conde. Pero no formular audaces conclusiones todavía. Será mejor que esperemos a que conozca el ambientó, el clima y las personas que se mueven en esa residencia veraniega adonde ahora nos dirigimos...

—Si, Dragonhaus...

—¿Como se llama? —se interesó vivamente Lowry.

—Dragonhaus —suspiró el conde Sandor, mostrando su extraño sello negro y carmesí al joven detective británico—. La Casa del Dragón, en lengua alemana. Recuerde que un *griffo,* una especie de dragón de la mitología de la Edad Media, es el símbolo de

nuestra dinastía... Lo verá idéntico en una gran gárgola central, sobre el pórtico mismo de la casa, mi querido amigo.

CAPITULO IV

Era un feo y siniestro dragón, ciertamente.

Tallado en piedra, la cabeza del mítico *griffo* de las leyendas medievales asomaba como una amenaza a punto de desplomarse sobre el atrevido que osara cruzar el umbral de la residencia veraniega de los príncipes de Morgenstein. No es que un *griffo* fuese realmente un dragón, pero el origen del mítico animal, persa según los antiguos relieves hallados en el palacio de Darío, había ido sufriendo transformaciones a lo largo del tiempo, siempre siguiendo las creencias populares, hasta convertir su apariencia hecha mitad de hombre, mitad de caballo, en una especie de rara mescolanza de todo eso, con pico de pájaro, alas y unas deformaciones constantes de su cuerpo, que terminaron por confundirle con el también mítico dragón de las leyendas nórdicas y sajonas de la Edad Media.

Fuese como fuese, la casa se llamaba Dragonhaus, y la gárgola de piedra, gastada
por el tiempo en parte, era la cabeza monstruosa de un *griffo.* Pero Lowry no prestó exce- siva importancia a la fealdad del monstruo o a los matices en cuanto a su nombre.

Lo que si captó, y le produjo una extraña y súbita sensación, fue la impresión repentinamente helada que recorría su cuerpo al salvar el umbral de la casa principesca elevada en plena campiña, en un idílico y bello paisaje, bajo un tibio sol veraniego y radiante de luz, que parecía muy lejano de todo posible ambiente de horror.

Pese a todo eso, Floyd Lowry sintió algo parecido al miedo cuando salvó el sutil muro
entre el sol exterior y la fresca penumbra del zaguán de la casa solariega de los príncipes de Morgenstein.

Intuyó de inmediato que allí había realmente algo maligno. Algo intangible que
había captado su llegada y que, posiblemente, también intuía en él a un enemigo.

Si el Diablo estaba allí, como sospechaba el conde Sandor, en estos momentos el Diablo sabía perfectamente que él, Floyd Lowry, era un enemigo. Y que había venido a luchar con él.

La seguridad de que esto era asi, casi le aterró. No era hombre

fácil de acobardar, y menas ante las fuerzas de lo desconocido, materia en la que se sentía inmerso desde hacía tiempo por propia iniciativa. Pero la idea de tener que enfrentarse al Adversario por antonomasia, no era nada alentadora para nadie. Y menos para una persona que, como él, distaba mucho de dominar el exorcismo o de tener experiencias tan siniestras.

Aun así, siguió adelante. Y supo, de algún modo, que con ese simple gesto acababa de sellar su destino, para bien o para mal. Aceptaba el enfrentamiento contra el poder de las Tinieblas. Con todas sus consecuencias.

Instintivamente, se tocó la gruesa cruz de plata que colgaba de su pecho, y sintió cierto alivio interior, como si aquel símbolo fuese, una vez más, el arma definitiva contra cualquier fuerza maléfica llegada de la oscuridad.

Minutos más tarde, conocía a los príncipes de Morgenstein, regentes del pequeño principado, y a su reducida familia.

Ilonka de Morgenstein resultó ser una mujer joven, rubia, espléndidamente hermosa

a sus treinta años poco más o menos, de ojos muy azules y expresión benigna y dulce. Muy alta y arrogante, vestía con modernidad y sencillez, muy lejos de cualquier fastuosidad propia de una corte europea, por pequeña que ésta fuera. Su esposo, Zoltan de Morgenstein, también rubio, de patillas largas y bien recortadas, bigote algo frondoso pero pulcro, ojos grises y sonrisa fácil, ligeramente dura, era la imagen misma de la exquisitez y la cortesía. Ambos hablaban un inglés refinado, con suave acento francés, aunque Lowry notó que entre ellos hablaban una especie de dialecto, mezcla de alemán y húngaro, bastante curioso. Por supuesto, el conde también hablaba con ellos en esa lengua, prueba de que era el idioma oficial del Principado.

La condesa Zarda, hermana del conde Sandor, y prima directa del príncipe Zoltan,

era una mujer madura, de cabe lio castaño algo rojizo, facciones enérgicas, mirada penetran te y ademanes solemnes y autoritarios, ligeramente varoniles. Fornida, vestida con pantalones y botas de montar, estrechaba la mano con la fuerza de un camionero, y su inglés era mucho menos perfecto que el de los demás. Pero no resultaba antipática, sino todo lo contrario.

Mordana, la institutriz o aya encargada del cuidado del pequeño Lajos, sí le resultó inquietante a Lowry cuando le fue presentada en el amplio salón señorial de la casa, totalmente encristalado, asomado a la campiña por un lado y a un jardín muy bello y luminoso por el otro. Mujer de tez cetrina, ojos muy oscuros, pero no castaños ni negros, sino de un verde profundo, casi pardo, nariz recta, boca delgada, de labios prietos y fríos, esbelta hasta la delgadez, vestida totalmente de gris oscuro, poseía una rara habilidad para caminar sin hacer ruido, dando la impresión de que se movía flotando, tal era la suavidad y rapidez con que sus pies se posaban en las baldosas de la residencia principesca.

Finalmente, estrechó con toda seriedad la mano delgada y blanca de un sonriente niño de triste expresión en sus grandes ojos azules, el pequeño Lajos, que si bien no parecía realmente asustado o amenazado por la proximidad de la sombra de Satanás, sí resultaba una paradójica mezcla de infantil alegría y de profunda melancolía. Sonreía fácilmente y era dulce y amable, pero su pálida carita y sus ojos tristes le daban un aire entre medroso y sensible a las fuerzas enemigas que podían llegar a avasallarle.

—Es un placer conocerles a lodos —dijo Lowry, tras ser hechas las presentaciones por el conde Sandor—. Me siento encantado de estar aquí y trataré de ayudarles, si está al alcance de mi mano. Pero les agradecería que no esperasen milagros de mí. No soy un

exorcista ni un mago. Solamente soy un hombre dedicado a la investigación, que se interesa por los problemas de lo desconocido. Como ven, muy poco para enfrentarme con el Diablo, si es que realmente él está aquí.

—Yo nunca he creído que eso fuese cierto —opinó el príncipe Zoltan, encogiéndose de hombros con un asomo de sonrisa escéptica—. Pero ellos insisten...

—Por el amor de Dios, Zoltan, todos pudimos verlo aquel día, cuando intentaba atacar a Lajos... —replicó angustiada su esposa, la bellísima princesa Ilonka.

—Está bien, está bien. Visteis la efigie del diablo, tal y como siempre se aparece a la gente según la creencia popular —admitió de mala gana Zoltan—. Pero yo insisto en que eso fue simplemente una sugestión colectiva, y nada más.

—¿Y la muerte de los padres de Lajos, querido primo? —indagó el conde Sandor con

tono áspero.

—Mira, Sandor, sabes lo que pienso de esas muertes. La pobre Katia cayó contra el espejo del pabellón de caza, de alguna manera, y los vidrios la mataron por desgracia. Eso fue todo.

—¿Y la muerte de Hansel? —quiso saber ahora la condesa Zarda, con vozruda.

Su primo se volvió a ella con aire cansado. Meneó la rubia cabeza, atusándose mecánicamente los bigotes dorados.

—Mi querida prima Zarda, nunca encontraron el cadáver de Hansel, victima por otro lado de un simple accidente, al quebrarse la superficie helada del río. Pero sobre su presunta aparición, ya he expuesto mi opinión con anterioridad.

—¿Qué opinión es ésa, Alteza? —quiso saber Lowry curiosamente—. Según me ha referido el conde, ese espectro fue visto por personas tan poco sospechosas de decir fantasías como el reverendo Borzman, un sacerdote, y el burgo maestre y jefe de Gobierno de Morgenstein, el honorable Vrolak...

—Veo que está bien informado y que tiene buena memoria —señaló distraídamente hacia el jardín, donde ahora jugaba el pequeño Lajos, acompañado por su aya, Mordana, tras haber sido presentado al forastero llegado de Inglaterra—-. Pero le diré que yo admito la posible presencia del espíritu de mi primo Hansel en la nieve, aquella noche. Creo en esos fenómenos espiritualistas, señor Lowry. Pero lo que no admito es que el Diablo en persona haya venido a Morgenstein para ocuparse de nosotros.

—Creo entenderle. Usted cree en los fenómenos paranormales. Pero en el diablo, no.

—Eso expresa muy bien mis pensamientos, señor Lowry —sonrió el príncipe,
asintiendo—. ¿Está usted de acuerdo conmigo?

—No del todo, Alteza. Si existen los espíritus, es que existe otra vida. Si esa otra vida existe, es que existe Dios. Y si existe Dios, existe el demonio, del mismo modo que, si existe el Bien, tiene por fuerza que existir el Mal.

Una conjetura fría y lógica —aceptó el regente de Morgenstein—. Pero yo no digo que los espíritus sean obra simplemente de la existencia de otra vida ultraterrena, sino que pueden materializarse, quizás, a través de nuestra propia mente.

—Ya veo. El espiritismo, según eso, seria simplemente un fenómeno parapsicológico, creado por la mente humana.

—Es posible científicamente, ¿no?

—Por supuesto. La ciencia sólo admite esa clase de fenómenos como resultado de una sugestión o de un hecho parapsicológico, obra del propio ser humano. Pero la ciencia no siempre lo explica todo. Alteza.

—Creo que discutir los hechos no conduce a ninguna parte —opinó agriamente la condesa Zarda, con su autoritarismo habitual—. Personalmente, creo que hay algo maligno en este lugar, se llame como se llame. Y que es preciso alejarlo de aquí, ya sea con muérdago y ajos, como en los viejos cuentos de terror, ya con la Cruz... o con las armas adecuadas.

Lowry no pudo por menos de sonreír al escuchar las palabras de la enérgica dama.

También captó la sonrisa comprensiva de su hermano, el conde Sandor.

—No creo que deba aventurar hipótesis alguna todavía —dijo con cautela el detective—. Acabo de llegar y aún no conozco bien el lugar ni las circunstancias, señores. Pero les aseguro que investigaré los hechos hasta el máximo. Y si hay en ellos algo sobrenatural, lo encontraremos. De momento, por desgracia, salvo esa aparición satánica que contemplaron en el cobertizo, amenazando al niño, no hay nada que pruebe sin lugar a dudas la existencia de una fuerza diabólica.

—Eso me convence más —suspiró el príncipe Zoltan—. Veo que tiene ideas prácticas sobre lo sucedido aquí, señor Lowry. Y me alegra. No quiero negar nada, pero tampoco afirmar precipitadamente algo en lo que me cuesta mucho creer. Ojalá encuentre usted la respuesta que todos buscamos. Mientras tanto, sea bienvenido a nuestro pequeño país, a nuestra casa, y no vacile en preguntar cuanto desee, ahondar en lo que guste y recurrir a nosotros para cuanto sea preciso. Estaremos todos a su entera disposición.

—Son muy amables. Procuraré molestar lo menos posible. Y si lo hago, será en primer lugar por bien de lodos ustedes —prometió gravemente Floyd.

—No le intimide nuestra condición ni el lugar donde está —le aconsejó con su más dulce y esperanzada sonrisa la princesa Ilonka, apoyando afectuosamente una mano en el hombro del joven investigador—. Somos sus anfitriones y sus amigos, recuérdelo. Y ésta es ahora su propia casa.

Agradeció F l o y d con una inclinación de cabeza esas aten dones de tan democráticos príncipes, y luego se volvió, al acercarse a é l Sandor, ofreciéndole con su jovialidad proverbial:

—Mi querido Lowry, ahora venga conmigo. Veremos la casa, especialmente los lugares que más pueden interesarle: el cobertizo, el cercano pabellón de caza... Pero antes, desde luego, conozca la casa donde estamos, como debe ser para todo invitado de honor.

Salieron ambos hombres, dejando a la familia principesca en la sala acristalada, Asomaron al jardín, donde el pequeño Lajos jugaba y reía, corriendo entre los rosales, seguido por la mirada vigilante del aya Mordana. Esta. al pasar Lowry y el conde cerca de ella, dirigió una ojeada a ambos, ti inglés se tropezó con los ojos profundos e insondables de la sirvienta. Creyó captar algo rápido, fugaz, pero no supo el qué. Ignoraba si aquella mujer tenía miedo o era capaz de infundir miedo a los demás. Miró al pequeño sobrino de los príncipes, ahora huérfano, corriendo tras una blanca

mariposa que aleteaba entre la hojarasca, y sonrió aparentemente, aunque preocupado en el fondo.

—¿Cree que el niño está seguro ahora? — preguntó en voz baja a su acompañante.

—Nadie puede estar totalmente seguro, si es Satanás el que acecha —juzgó Sandor.

—No me refería ahora a Satanás, sino a su aya.

—¿Mordana? Oh. no, es de fiar.

—Usted me dijo que era supersticiosa, le gustan las brujerías...

—Eso es cierto. Pero, que yo sepa, jamás hizo daño a nadie con ello.

—¿Practica realmente ritos de encantamiento o brujería?

—Creo que sí. Una vez visité su alcoba. Tiene bichos disecados, ajos, muérdago, plantas aromáticas... y a veces hierve mejunjes olorosos. Asegura que son para su sinusitis y que la alivian. Pero yo no estoy demasiado seguro de eso.

—Extraña mujer esa Mordana para confiarle la seguridad del niño...

—Es curioso —manifestó el conde, sorprendido, parándose en seco ante Lowry, en el sendero del jardín que conducía a un pequeño invernadero.

—Qué es lo curioso?

—Lo que usted acaba de decir. Coincide exactamente con lo que dijo un día Katia, la madre del niño...

—¿No fue ella quien eligió a Mordana de aya del pequeño Lajos?

—No, no. Fue idea de Hansel, el padre. A ella, creo que nunca le acabó de gustar esa mujer, aunque siempre hacia lo que su marido decidía. Hansel era un hombre muy autoritario. Casi tamo como mi hermana Zarda —rió entre dientes el conde—. Luego, cuando él murió... bueno, cuando desapareció para no volver... Katia ya no se decidió a sustituir a Mordana por otra, porque no parecía haber motivo alguno de preocupación.

—Entiendo —afirmó Floyd, pensativo, viendo alejarse entre los setos a aya y pequeño, mientras ahora el conde le tomaba por un brazo, con cierto entusiasmo.

—¿Quiere ver las más hermosas orquídeas imaginables? —le invitó—. Pase al invernadero, amigo mío. Las cultivo yo mismo, personalmente. Son mi debilidad.

Abrió la puerta vidriera del pabellón encristalado que se alzaba en medio del bello y soleado jardín. Ambos hombres entraron en el mismo, empezando a moverse entre macetas donde se alzaban los más bellos ejemplares de orquídeas que Floyd había visto jamás. Las contempló, admirado, pese a no ser experto en floricultura.

—Estos ejemplares valdrían una fortuna en el mercado de Londres —opinó.

—También en el de Bosznaburg —asintió el conde, con orgullo mal disimulado, rozando amorosamente con sus dedos los pétalos delicados de sus flores predilectas—. Como ve, las cuido al máximo y consigo algunas cruces notables. Ahora confío en producir una nueva especie de orquídea que... Eh, parece que se levanta aire de repente...

Floyd asintió, al notar el golpeteo de la puerta del invernadero, y notar el frío calambre que producía en él una repentina corriente de aire. Las hojas de los tallos y las propias orquídeas se agitaron con esa inesperada brisa fría.

El conde Sandor siguió adelante, sin hacer más caso del hecho. Pero Floyd arrugó el ceño, clavando sus ojos en el exterior, en el soleado jardín de la Casa del Dragón.

—Ahora vea estas últimas piezas que conseguí a base de un injerto de... —proseguía
entusiasmado el conde, de espaldas a él, extasiado ante sus obras maestras de floricultura.

—Un momento, conde —dijo Floyd sordamente—. En el jardín no se mueve una hoja...

—¿Qué? —guiso saber el conde, distraído, mientras una nueva corriente cruzaba el invernadero, más fuerte que la anterior, golpeando de tal modo la puerta que crujieron sus vidrios, agrietándose uno de ellos con un seco chasquido.

Una maceta de orquídeas se desplomó desde la estantería al suelo, quebrándose en pedazos el recipiente, y desprendiéndose la tierra con la flor y sus raíces. El conde lanzó una imprecación. Asombrado, miró al jardín. La puerta se había cerrado de golpe.

—¡Es cierto! —masculló—. ¿Qué diablos pasa? No hay viento alguno...

Así era. En el jardín no se movía un solo arbusto. El aire brillaba por su ausencia. Sin

embargo, ahora, el viento helado parecía soplar dentro mismo del invernadero, agitando incluso las macetas, que temblaban, oscilando sobre sus soportes. Aterrado, el conde se aferró a varias de ellas, para impedir que cayeran, dilatando sus ojos con una mezcla de asombro y de horror.

—¡No, no, mis orquídeas no! —gimió, convulso—, ¡Eso no, maldita sea!

Lowry contemplaba como hipnotizado el temblequeo repetido y creciente de los soportes de madera del invernadero, la paulatina caída de macetas, haciéndose añicos en el suelo, en torno suyo, aquel soplo de viento glacial que no venía de ninguna parte, puesto que estaban encerrados dentro del invernadero.

—¡Vámonos pronto de aquí, conde! —gritó con repentina angustia el investigador.

Y se precipitó contra la puerta, para abrirla. Forcejeó con ella, sin que Sandor, preocupado por la integridad de sus plantas, le hiciera el menor caso, sollozando casi, al verlas caer y despedazarse las macetas en el suelo. Lowry luchó en vano con la puerta del recinto acristalado. No cedía, pese a su fragilidad. La aldabilla no se movió, como si estuviese sujeta por algo invisible y poderoso.

De repente, hubo un crujido formidable en torno a ellos, y los vidrios empezaron a resquebrajarse, con áspero estruendo. Lowry, horrorizado, alzó la cabeza. Toda la circundante mole de vidrios se tambaleaba, a punto de ceder. De pronto, varios de los rectángulos de vidrio volaron, hechos añicos, precipitándose sobre ellos dos...

—¡Fuera de aquí, conde, antes de que sea demasiado tarde, olvide las orquídeas! —

clamó Lowry, en el paroxismo de la angustia. Y cargó a la desesperada contra la puerta, que también crujía en esos momentos, despedazándose sus vidrie ras, tomó una pesada lona doblada junto a la entrada y se cubrió con ella como le fue posible, lanzándose violentamente a través de la frágil madera y los vidrios en plena destrucción de la entrada.

Notó que los cristales se clavaban profundamente en la lona, casi alcanzando su piel, pero no lograron traspasar totalmente el resistente tejido. Rodó por tierra, ya fuera del invernadero, siempre envuelto en la lona, sintiendo crujir los mil pedazos incrustados en la tela. Atrás, en alguna parte, horribles alaridos de dolor y agonía, resonaban entre terribles chasquidos de cristales rotos y de macetas pulverizadas.

Se arrancó desesperadamente la lona, empuñando su cruz de plata, que arrancó del pecho de un tirón, precipitándose de nuevo

hacia el invernadero, convertido ahora en un simple armazón de madera sin cristales, mientras éstos seguían lloviendo como un granizo infernal sobre el desdichado con de Sandor. Alzó Floyd la cruz sobre su cabeza, encarándose con horror al espectáculo dantesco, mientras a sus espaldas, en alguna parte, sonaban gritos y carreras.

Todo fue inútil. Aquel viento del infierno que parecía surgir como un torbellino imposible, del mismo interior del invernadero, lo destruía todo, y los millones de fragmentos de vidrio estaban convirtiendo el cuerpo del desdichado conde Sandor en un amasijo informe, sanguinolento, irreconocible, en el que se confundían estremecedoramente los jirones de su impecable traje con la piel, la carne y los huesos al descubierto, hecho una criba de vidrios agudos y desgarradores...

CAPITULO V

—Inútil... Todo inútil...

Los demás ni siquiera despegaron los labios. El doctor Lukas, el hombre alto, canoso y de gruesos lentes de montura metálica, siguió curando parsimoniosamente los rasguños que Floyd ofrecía en sus manos, rostro y cuello, y retirando con pinzas muy cuidadosamente los pequeños fragmentos de vidrio punzante que, pese a la gruesa lona salvadora, habían logrado penetrar en su epidermis, aunque sólo arañándole la misma, sin profundizar.

En un sofá, sollozaba ahogada la hermosa y rubia princesa Ilonka, consolada por su esposo, pálido como un cadáver, y profundamente impresionado, mientras la condesa Zarda soportaba estoica, valerosamente, el rudo golpe que para ella tenía que significar la muerte de su hermano Sandor, virtualmente despedazado por un centenar largo de vidrieras precipitadas sobre él en forma de lluvia de agudos cristales cortantes, dotados de extraño poder acuchillador. Sólo una opacidad en sus ojos duros y fríos, un rictus amargo y colérico en su boca, marcaban el signo de sus emociones internas ante la nueva tragedia vivida por los Morgenstein, la dinastía maldita.

—¿Qué fue inútil, mi querido señor Lowry? —preguntó mansamente el hombre que,

con toda urgencia, había acompañado al doctor Lukas a la mansión veraniega de los prín- cipes, la siniestra Dragonhaus.

—Todo, reverendo —suspiró con dolor Lowry, levantando sus ojos hacia el hombre fornido, algo obeso, de rostro rubicundo y saludable, ojos inteligentes y agudos, cabeza con escasos cabellos castaños, salpicados de algunas canas, y negras ropas de *cleryman* protestante, con el cuello vuelto y la cruz en el pecho—. Mis gritos de aviso al infortunado conde, que ni siquiera me hizo caso... Mi intento de detener aquel horror con mi cruz en alto...

—¿Alzó usted su cruz, señor Lowry? —inquirió ahora el reverendo Borzman con voz suave, dirigiendo una mirada a la cadena rota y a la gruesa cruz de plata que reposaban en la mesita, junto a los útiles médicos—. ¿Y no sucedió nada?

—Nada, reverendo. Es como si esa fuerza maligna no se inmutase ante el símbolo de Cristo. No ocurrió absolutamente nada.

Los vidrios seguían lloviendo sobre el conde, como una maldición. Pero sólo dentro del invernadero. Fuera, en el jardín, todo seguía normal, apacible...

—Comprendo —asintió el religioso gravemente—. Ha tenido que ser una prueba espantosa para usted, señor Lowry.

—Lo fue. Nunca vi algo tan horrible en mi vida. Si la otra víctima murió igual, no hay duda de que existe algo realmente maligno en este lugar, príncipe Zoltan...

El regente de Morgenstein asintió, confuso y sombrío, desde el sofá, sin dejar de abrazar a su abatida esposa. La condesa Zarda, la hermana del difunto conde triturado por los vidrios asesinos en el invernadero, se aproximó a Floyd con paso enérgico, que hizo temblar el suelo embaldosado.

—Yo lo dije antes también. Hay algo maligno aquí. No sé si es el diablo, pero sea lo que sea, ha destruido ya tres vidas en pocos meses, y posiblemente ya aniquiló otras en el pasa do, a lo largo de la historia de esta familia. Ahora ya sabe usted, señor Lowry, que mi hermano no obraba a la ligera al ir a Londres en busca de alguien que pudiera descubrir el horrendo secreto de los Morgenstein, pero creo que de poco va a servir lo que usted pueda hacer. Ese poder con que nos enfrentamos es demasiado grande para nosotros.

—Tal vez, condesa —admitió sordamente Floyd—. Pero si me es humanamente posible, acabaré con él, aunque se trate del mismo diablo.

—No diga eso, señor Lowry —le apaciguó el reverendo, aproximándose a él—. Sabe que sus fuerzas no bastan para tal tarea, como tampoco las mías serían suficientes, pese a cuanto he estudiado sobre exorcismos. Vivimos malos tiempos, una época en la que los hombres han llegado a tal grado de maldad y perversión que el Bien se ha debilitado en favor de las fuerzas del Mal, y el poder del Enemigo es cada día mayor por nuestra propia culpa.

—Creo que el conde tuvo razón; el diablo está aquí, entre nosotros —dijo Lowry con energía—. Y. por alguna razón, odia lo suficiente a esta familia como para intentar destruirla. Sólo puedo decirles una cosa: el conde Sandor me trajo aquí. Me pareció una excelente persona. Y por él, por no haber podido salvar su vida, prometo quedarme en Morgenstein hasta morir o vencer a esa fuerza diabólica que se abate sobre todos ustedes. Es todo cuanto puedo hacer.

—Gracias, señor Lowry —suspiró el príncipe Zoltan—. Es muy generoso de su parte, pero creo que dado el cariz que toman las cosas, sería mucho más prudente para usted regresar a Londres y olvidarse de esto. Naturalmente, puede quedarse los honorarios que mi primo le abonó. Pero, cuando menos, salve su vida de cualquier posible riesgo contra el que, evidentemente, no podría luchar.

Lowry se irguió, decidido, con los ojos centelleantes, obligando al doctor Lukas a interrumpir sus atenciones médicas.

—Alteza, soy un oscuro detective privado que aceptó un caso de un cliente muy singular, como era su primo, el conde —dijo solemnemente—. Y cuando yo acepto un caso, soy fiel al cliente hasta resolverlo. Esta vez no va a ser distinto. Mi cliente fue muy generoso conmigo. Estoy obligado a serlo con él o, cuando menos, con su memoria. Nada ni nadie va a apartarme ahora de esto, se lo aseguro. Continuaré hasta el fin.

—Eso le honra, muchacho —aprobó con energía la condesa Zarda—. Mi hermano se lo agradecerá desde el otro mundo, estoy segura de eso. Y qué diablos, no sé por qué, tengo confianza en usted. Creo que puede enfrentarse con ciertas posibilidades de éxito al mismísimo Satanás.

—No diga usted atrocidades, condesa —se alteró el reverendo Borzman—. Está jugando con la vida de un hombre al alentarle a semejante empresa...

—No, reverendo —cortó Floyd—. Ella tiene razón. Toda la razón. Me quedo. No aquí, porque creo que en esta casa correría ahora un riesgo innecesario. Tomaré mis precauciones contra... contra el Diablo o lo que sea, eso que se nos enfrenta desde la oscuridad. Iré a la ciudad a alojarme. Alteza. Y me ocuparé de investigar a fondo todo este asunto, tiene mi palabra.

—Considero prudente su decisión de vivir en la ciudad —asintió el príncipe Zoltan—. Pero no tanto la de seguir ayudándonos en este horrible asunto...

—Está decidido. Si hay un hotel o una fonda en Bosznaburg, allí me alojaré.

—No será necesario eso rechazó vivamente el reverendo—. Si no tiene inconveniente, en mi propia casa hay una habitación libre para un buen amigo y huésped. Mi sobrina Dunia es una excelente cocinera y estará encantada de tener a alguien de su edad con quien charlar y practicar su deficiente inglés. Y para usted, señor Lowry, creo que el vivir bajo el mismo techo que el Señor, puesto que allí mismo tengo la capilla, puede ser, en cierto modo, una garantía de protección contra el Enemigo.

—Muy amable, reverendo —asintió Floyd, con una leve sonrisa—. Acepto su hospitalidad muy gustosamente. Tal vez necesite también de su ayuda para conocer algo mejor al exorcismo y sus técnicas...

—Se lo explicaré muy gustosamente, pero mucho me temo que cada día sea más difícil exorcizar a una persona poseída por Satanás. Si ni siquiera se conmueve su poder maléfico ante la propia Cruz... mal lo tenemos, amigo mío.

*
*
*

Dunia resultó ser una joven encantadora, sencilla y discreta a primera vista. De una suave belleza algo rústica, como una flor silvestre, parecía tener olor a campo y a yerba fresca, pese a vivir en la ciudad. Claro que Bosznaburg, como ciudad, no podía decirse que estuviese muy lejos de la campiña, ya que se limitaba a ser un recinto amurallado, con sabor a viejos tiempos, dentro del cual había un distrito antiguo, formado por casas pintorescas, dignas de un cuento de hadas parecidas a las aldeas del Tirol, y una zona más moderna, pero en la que los edificios eran también de escasa altura y mantenían cierta armonía con las antiguas edificaciones.

De reducidas dimensiones y ambiente provinciano, la capital del principado resultaba tan deliciosa como entrañable. Y sus gentes eran sencillas y aldeanas de espíritu.

Dunia era una muchacha saludable, de pelo de un rubio oscuro, peinado con trenzas sujetas a la cabeza con una guirnalda de florecillas bordadas en seda, blusa blanca y falda amplia, de color rojo oscuro, con medias blancas y zapatos negros de hebilla.

También ella parecía extraída de un cuento de hadas, y en cualquier momento daba la impresión de que podía surgir la calabaza que se convierte en carroza para llevar a Cenicienta al baile de palacio. Sus grandes ojos azul- verdes y su boca carnosa y roja, eran un deleite para la vista, en aquel rostro ovalado, de piel aterciopelada.

—¿De veras va a quedarse a vivir con nosotros, señor Lowry? —preguntó en un inglés que, como dijera su tío el reverendo Borzman, no resultaba demasiado perfecto, aunque si inteligible.

—Eso parece —sonrió Floyd—. Su tío es muy amable y hospitalario.

—Me ha contado lo sucedido en Dragonhaus —se nubló en parte el rostro luminoso y juvenil de la muchacha—. Ha sido horrible. Pero las cosas diabólicas siempre lo son.

—Así es. ¿Usted sospechaba que el diablo andaba por estos contornos, Dunia?

—Si —se estremeció ella ligeramente, y Floyd observó que la piel de sus brazos,

desnudos hasta el codo, se tornaba de gallina—. Es algo más que una sospecha, señor
Lowry. Es casi un presentimiento, una intuición...

Floyd asintió, mirándola fijamente. Luego le hizo notar con una sonrisa:

—No me llame así en lo sucesivo, Dunia. Somos jóvenes ambos, y eso me hace sentir viejo. Me llamo Floyd de nombre. Y me gusta que me llamen así.

—Como quiera... Floyd —sonrió ella ahora, aunque sus ojos seguían ligeramente ensombrecidos—. Venga, le enseñaré su cuarto, y podrá poner sus cosas en orden. Mi lío tiene ahora trabajo en la capilla...

Subió delante de él, escaleras arriba, y Floyd no pudo evitar una mirada admirativa a las bien torneadas pantorrillas de la muchacha, e incluso al inicio espléndido de sus dorados muslos, visibles por encima del clástico donde terminaban sus blancas medias de algodón. Realmente, era una mujer de formas muy atractivas, pensó. Y la idea de convivir con una muchacha así bajo el mismo techo, resultaba lo bastante agradable como para casi darle las gracias al propio diablo, pensó con escaso respeto por tan grave cuestión como la que tenía ahora entre manos.

La escalera era de madera encerada y la planta alta, también de madera en suelos y muros, con techo artesonado y ventanas de aire bávaro, con graciosos postigos esmaltados alegremente. Su habitación resultaba luminosa, limpia y encantadora, y se sintió en ella como si realmente se aposentara en un hogar delicioso e intimo.

—Creo que me voy a encontrar muy bien aquí —suspiró, contemplando la
estancia—. Tanto, que casi desearé que el diablo me dé mucho trabajo para vencerle.

—Oh, no hable así —se asustó ella, tocando la pequeña cruz de oro que colgaba de su cuello, rozando la prominencia de sus pechos, jóvenes y pujantes bajo la blusa—. No se puede bromear con esas cosas. Floyd...

—Bueno, creo que tampoco conduce a nada tomárselas demasiado en serio durante las veinticuatro horas del día. A fin de cuentas, ni siquiera podemos estar seguros de que sea
Satanás en persona quien merodea por Morgenstein en estos momentos...

—Lo es, no hay duda —aseguró ella, con un nuevo estremecimiento—. Podría jurarlo.

Salió, tras dejarle la maleta sobre un taburete alargado, y

mostrarle el armario y la cómoda para repartir sus pertenencias. Le anunció, ya en el umbral, que la cena se serviría a las siete y media. Luego, escuchó su rápido y alegre taconeo, escaleras abajo.

Cuando bajó, a las siete y veinticinco minutos exactamente. el reverendo Borzman ya estaba sentado a la cabecera de la mesa.

*

*

*

Dunia sirvió los alimentos en silencio. Tras una breve oración por parte del reverendo, los tres iniciaron la cena.

Realmente, el religioso había tenido razón. La muchacha era una excelente cocinera. Pese a lo frugal de aquel menú —sopa y pescado con puré de patata—, su sabor era excelente. El vino del Principado, servido en copas talladas de cristal, con el escudo de la pequeña nación, resultó suave y grato al paladar.

Al término de la cena, el reverendo pidió a su sobrina que les sirviera una copa de brandy y unos cigarros. La muchacha así lo hizo, disculpándose luego cuando se retiró a la cocina para limpiar la vajilla.

Lowry y su anfitrión fumaron en silencio durante unos minutos. El joven inglés tomó un sorbo de brandy.

—Es viejo y criado en esta casa —explicó el sacerdote con una sonrisa—. aquí no bebemos mucho, a menos que haya una ocasión como ésta, en que haya que hacer los honores a un huésped, señor Lowry.

—Lo agradezco de veras. Son ustedes muy amables conmigo.

—No le he traído a residir en mi casa solamente por ser amable con usted —dijo el reverendo Borzman con repentina seriedad—. Quería cambiar impresiones lejos de la presencia de la familia principesca. Creo que usted y yo tenemos mucho que hablar.

—Es posible —admitió Floyd, mirándole con interés—. Usted debe conocer mejor que muchos la historia de esa familia. el origen de las leyendas, la posible razón de todo lo que está ocurriendo...

—Sé muchas cosas sobre la familia real de Morgenstein, pero sé también que ignoro muchas otras, mi querido amigo —suspiró el sacerdote, moviendo la cabeza—. Lo que ocurre ahora, no tiene precedentes, que yo sepa. A fin de cuentas, lo demás es sólo eso: leyendas, supersticiones sin bases sólidas, hechos no confirmados que han pasado de generación en generación dando una cierta aureola de maldita a la familia. Pero últimamente algo se ha desencadenado irresistible mente en torno a ellos, y empieza a ser tan peligroso como amenazador para todos. Primero fue la extraña muerte del príncipe Hansel en las aguas heladas del rio Wikla. Después, el fin de su esposa, Katia. Y ahora, ese horrible suceso que usted ha vivido, y del que salió ileso milagrosamente, al tiempo que costaba la vida al conde Sandor...

—Está también la aparición del presunto demonio ante varios testigos...

—Oh, si, eso también —afirmó el reverendo, con rostro ensombrecido—. Me hablaron de ello. Me hubiera gustado estar presente, como lo estuve la noche en que apareció el fantasma del príncipe Hansel...

—¿Está realmente seguro de que era un fantasma? —preguntó Lowry vivamente, fijando su mirada en su interlocutor.

—Al menos, eso es lo que parecía. Era Hansel, tal como yo lo recordaba. Erguido,
solemne. Pero frío, distante, con la piel de un blanco céreo, casi amarillento, ojos vidriosos que parecían no ver a los seres que le contemplaban a él... Pasó ante nosotros unos instantes, se perdió en el bosque... Cuando acudimos allí, no encontramos ni el menor rastro de él. Tampoco la nieve mostraba señales de sus pisadas. Realmente, ahora, cuando lo recuerdo, me parece sentir la impresión de que aquel cuerpo flotaba más que andaba, se movía sobre el suelo nevado, sin tocarlo con sus pies.

—¿No pudo ser una alucinación, reverendo?

—No lo creo. Lo vimos varias personas. Yo nunca he sido propenso a ver cosas que no existen... Era la viva imagen de un difunto, un cadáver errante, sin duda.

—¿Usted cree en esas cosas?

—No puedo creer porque soy un religioso. Pero vi aquello, sin lugar a dudas. Si fue un acto provocado por los poderes satánicos, no tengo nada que objetar. En estas tierras

existen leyendas extrañas en las que nunca creí. Pero esto de ahora... es diferente, señor
Lowry. Usted debe saberlo bien, después de lo ocurrido en el invernadero.

—Si —suspiró Floyd, inclinando la cabeza—. Lo sé...

Hubo un silencio, una profunda pausa. Depositó la ceniza del cigarro en el cenicero. El reverendo sirvió un poco más de brandy en las copas. Desde la cocina, llegó el ruido de platos y cubiertos en la pila. Todo era tan hogareño y sencillo allí que resultaba difícil pensar en la vecindad del diablo, pensó Floyd para si.

—El día en que murió Katia, había estado aquí a verme.

Eso lo dijo el reverendo de pronto. Floyd se sobresaltó. Alzó la cabeza.

—¿Quiere decir que antes de morir destrozada por el espejo del pabellón de caza, la madre del pequeño Lajos estuvo *aquí,* hablando con usted? —preguntó Floyd perplejo.

—Así es —afirmó reposadamente el reverendo Borzman.

—El conde Sandor no me contó eso.

—El conde lo ignoraba. Todos lo ignoran, creo. Ella me pidió discreción, me hizo prometer que no diría una palabra a nadie sobre su visita. Pero ahora esa promesa ya no tiene mucho sentido. Está muerta. Y quizás la ayudemos más hablando de ello usted y yo.

—Sólo sabía que estuvo en la ciudad y que al regreso encontró tan trágica muerte.

—Vino a pedirme ayuda.

—¿Ayuda contra qué?

—No lo sabía. Contra algo tenebroso que reinaba en su casa y que les amenazaba a todos. Contra el poder diabólico que le había arrebatado a su esposo, haciéndolo aparecer ante todos después de muerto, y que luego había pretendido atacar a su hijo. Estaba realmente asustada, casi desesperada.

—¿Pudo ayudarla en algo?

—Desgraciadamente, no. Estuvimos hablando de los poderes de las tinieblas, del Mal y sus fuerzas, del propio Diablo, el Enemigo... Me escuchó atentamente, pero parecía au- sente, como si pensara en otra cosa. Al final, me dijo algo raro, como si de repente se le hubiera ocurrido una idea súbita; me dijo algo así como: «Creo que sé a quién tengo que acudir, adónde debo ir ahora, para encontrar una solución a todo, reverendo.» Me inquietó su tono y le pregunté qué estaba pensando. No me respondió. Se puso en pie, con extraña sonrisa, y dijo que eso era ya cosa suya y que, si resultaba todo como esperaba, me haría otra visita para contármelo todo. Se marchó, sin añadir palabra. A mí me dejó inquieto,

preocupado. Me asomé, viéndola partir. No se dirigía a la casa veraniega de la familia, sino a un lugar situado en el lado opuesto, hacia la parte antigua de la ciudad, en el barrio denominado de La Muralla. Me sorprendió, porque una dama de su condición no debía de meterse en las callejuelas de esa zona de la ciudad.

—De modo que posiblemente hizo otra visita aquel día, antes de morir trágicamente en el pabellón de caza... —meditó Lowry en voz alta, apurando su copa de brandy con aire distraído.

—Sí, estoy seguro de ello. Pero nunca sabremos a quién visitó Katia antes de ser atacada y destruida por las fuerzas que tanto temía...

De nuevo se hizo el silencio en el comedor del reverendo. Floyd Lowry reflexionaba. Y se decía que quizás si encontraba el lugar adonde Katia había ido aquel día. podría aclarar algo más sobre sus terrores y sus propósitos, truncados por la muerte atroz.

—Mañana buscaré ese lugar —se dijo Lowry—. Y tal vez lo encuentre...

CAPITULO
VI

El barrio antiguo, llamado de La Muralla, era realmente un sitio poco adecuado para una dama de la familia principesca de Morgenstein.

Callejuelas empinadas y angostas, recovecos, cantinas y burdeles, figones de mala muerte y tenderetes, gentes humildes y no demasiado pulcras ni aseadas, olor a basuras y desperdicios en algunos puntos...

Su nombre provenía de la proximidad del lado norte de la muralla vieja, la que un día sirvió para defender la plaza de ataques enemigos, y que ahora era sólo una reliquia del pasado para fotografiar los turistas que visitaban el Principado.

Floyd Lowry paseaba por sus calles, no demasiado abundantes tampoco, pero si laberínticas, preguntándose adónde pudo dirigir sus pasos aquel día la infortunada Katia, en busca de la solución que ella imaginaba para sus males. Claro que podía ser cualquier lugar, una casa particular cualquiera, la morada de algún exorcista o de un presunto hechicero tal vez... Una mujer asustada es capaz de cualquier cosa.

Se detuvo en dos de las cantinas y tomó unas copas. Su dominio del alemán era muy escaso, y nulo el del húngaro, de modo que la jerga que se hablaba allí le resultaba punto menos que ininteligible, salvo aisladas frases cogidas al vuelo. La gente se daba cuenta de que era un extranjero y le trataban amablemente, aunque algo extrañados la mayoría de su presencia en aquel barrio poco recomendable, que sin duda el turismo debía visitar muy escasamente.

Volvió a recorrer algunas de las callejuelas, sin dar con nada especial en su recorrido, antes de entrar en una tercera cantina, tan mugrienta como las demás, donde pidió una cerveza sobre un barril que hacía las veces de mesa. Los clientes le dirigían miradas burlonas o sorprendidas, extrañados de su presencia en aquel lugar.

«Tal vez no debí venir —pensó Floyd para si, sin sentirse del todo incómodo, ya que estaba habituado a frecuentar ambientes *cockney* de Londres, y nada podía rivalizar con eso en el mundo—. Después de todo, es como ir dando palos de ciego. Ni siquiera sé lo que busco...»

Pero tuvo una idea, y como a fin de cuentas nada perdía con intentarlo, entabló conversación con el cantinero, chapurreando algo de alemán y un poco de francés. El hombre entendía gran parte de lo que decía, y se esforzó a su vez en hacerse comprender. De ese modo, por fin, Lowry le expuso la razón de su presencia en el viejo barrio de La Muralla.

—Estoy buscando un lugar donde encontrar algo para combatir hechicerías y malas artes —explicó dificultosamente—. Me han encargado un amuleto o algo parecido... ¿Sabe a quién podría dirigirme para eso?

Como temía, el hombre no sabía nada de nada al respecto. Pero su mujer, una hembra rolliza, enorme y rubicunda, que tragaba cerveza tras el mostrador como si tuviera una inmensa esponja metida entre sus grandes pechos y su abultado abdomen, se apresuró a gruñir una respuesta, se acercó a Lowry con su jarra de cerveza negra en alto,

la entrechocó con la suya, estando a punto de hacerla añicos, y le dijo con un alemán salpicado de palabrotas en lengua nativa, que sabía adónde podía dirigirse.

Le garabateó unas letras en un papel. Floyd Lowry trató de leer aquello y lo consiguió con esfuerzo:

Die
HóllischKlaue

Schlidsirasse.
22

Lowry le dio las gracias con una sonrisa, pidió otra jarra de cerveza e invitó a la robusta dama, que le sonrió jovialmente, dándole una palmada de afecto que casi le desmonta el esqueleto.

Abandonó la cantina, deteniéndose a releer las señas en la calle. Su escaso conocimiento del alemán no le impedía, sin embargo, traducir todo aquello al inglés:

—La Garra Infernal. Calle del Escudo, veintidós —leyó—.

Extrañas señas, la verdad. Buscó la denominada calle del Escudo. No le fue difícil dar con ella, Era muy
estrecha, y un escudo con las armas del Principado de Morgenstein —entre cuyos motivos no fallaba un *griffo* negro de la familia principesca—, aparecía sobre el nombre de la calle. Se adentró en ella, buscando el número 22.

Pronto dio con él. Era una tienda pequeña y oscura. Sobre la puerta vidriera de entrada, se veía un águila metálica con sus garras bien corvas, sujetando el letrero también de metal donde se leía:

E
HOLLISCH
KLAUE

Era un negocio de taxidermia: animales disecados, embalsamamiento de aves y animales domésticos y todo eso. Había varios ejemplares en el inmediato escaparate polvoriento: un zorro, una lechuza, un gato, un lagarto...

Vaciló un momento, indeciso, El lugar no era exactamente lo que el había buscado, pero quizás hubiera allí algo más que simples

cuerpos embalsamados. Decidió, cuando menos, probar fortuna.

Empujó la puerta vidriera. Un campanilleo sordo retumbó huecamente dentro del oscuro y húmedo establecimiento, que tenía un indefinible y nada grato olor a producios de disecación. Animales de todo tipo, desde pequeños gorriones o canarios hasta un gran oso y una culebra enroscada a un falso arbusto, el local estaba repleto de ejemplares disecados para todos los gustos. Un mostrador largo y desierto aparecía al fondo de la lúgubre tienda.

Lowry miró en torno suyo. Junto a aquel recinto, la tétrica librería de su amigo, en Londres, era un auténtico palacio. De pronto, una voz apagada sonó con un carraspeo, allá al fondo de la tienda:

—*Guten morgen. Was wünschen Sie?* (1)

—*Guten morgen* —respondió Lowry—. *Es tut mir leid Sie zu belástinen. Ich verstehenich Deutsch. Ich bin Englisch* (2).

(1) Buenos días. ¿En qué puedo servirle? (2| Buenosdías. Sientomolestarle Noentiendoelalemán. Soyingles

—Oh, *ja* —afirmó rápidamente el comerciante, asomando al fin o In claridad su rostro extraño, afilado y seco como el de cualquiera de sus criaturas embalsamadas, bajo un cabello ralo, muy blanco y como deshilachado—. Usted inglés, señor... Creo que podremos entendernos... ¿Qué desea de mi tienda? ¿Algún animal en concreto?

—No creo que sea exactamente eso lo que busco — murmuró Lowry, deteniéndose ante un enorme halcón peregrino de garras afiladísimas, hincadas en un tronco de árbol, que formaba parte del conjunto. Se estremeció, recordando el nombre poco adecuado del establecimiento para un vulgar negocio de taxidermia: La Garra Infernal... Tras una corta pausa, miró fijamente al viejo tendero y le espetó—: Busco algo contra el Diablo.

El hombre pareció a punto de sufrir un colapso. Retrocedió dos pasos, balbuceando algo en la mezcla de alemán y húngaro que era habitual allí, y le miró como si él fuese el propio ser diabólico recién mencionado.

—¿Qué... qué es lo que dice, señor? —balbuceó—. No entiendo a lo que se refiere...

—Tal vez me entienda si le digo que vengo en busca de lo mismo que una dama llamada Katia vino a buscar no hace mucho en su tienda. ¿Verdad que ahora sí sabe a lo que me refiero, señor? —y le miró con fijeza, como dando más fuerza a sus palabras.

El hombre tragó saliva ruidosamente y estrujó sus huesudas manos una contra otra, produciendo un ruido desagradable con sus nudillos. Seguía pareciendo asustado e inquieto por algo. Finalmente, habló con voz ronca, insegura:

—Este... éste es un negocio honrado, sólo me dedico a embalsamar animales, señor. Le aseguro que no puedo comprender a lo que se refiere. Tal vez equivocó el lugar...

—Lo que yo busco, sin duda, está aquí —insistió Floyd, rotundo, sin dejarse vencer por las apariencias—. La propia Katia, la princesa Katia, a quien usted conoció, me dejó escritas estas señas.

Y completó su fría y deliberada mentira, leyendo en voz alta

las señas que escribiera la mujer de la cantina. Luego guardó el papel, mantuvo sus ojos fijos en el hombrecillo, y éste pareció al fin darse por vencido:

—Está bien... —susurró—. Venga conmigo, señor. Si ella se lo dijo, no puedo hacer otra cosa...

Floyd respiró hondo. Siguió al viejo embalsamador a la trastienda, a través de una cortina situada tras el mostrador. La mano sarmentosa giró un interruptor, y una cruda, repentina luz vertical, procedente de una bombilla protegida por una lámpara verde oscura bastante polvorienta, se desparramó sobre los mil heterogéneos objetos que llenaban aquella dependencia.

Ciertamente, también allí había animales disecados. Pero entre ellos, descubrió a un enorme gato negro, durmiendo apaciblemente sobre un cojín de raso arañado, color malva, en unos cajones viejos, y un par de pájaros vivos, dos cacatúas, apoyadas en un palo horizontal, que le contemplaron curiosamente, moviendo sus patas con nerviosismo.

El hombre viejo y arrugado sonrió, frotándose sus manos en un gesto sin duda

habitual en él. Mostró algo que se alineaba sobre un estante, con aire apacible. Y se ofreció, solicito:

—Dígame lo que desea, exactamente. La princesa Katia no quiso nada de esto y tal vez por ello ocurrió lo que ocurrió...

Floyd Lowry no dijo nada. Contempló en silencio la hilera de extraños objetos situados en el estante. Había desde cabezas reducidas, colgando de cordones repletos de amuletos amazónicos, hasta manos de la Macumba. figurillas de marfil, idolillos de ébano con ojos engastados en piedras rojas, cruces hechas de maderas aromáticas, talismanes de todo género, plantas exóticas de propiedades supuestamente mágicas o afrodisiacas, y un sinfín de heterogéneos productos para la magia blanca o negra, los ritos o la protección del ser humano contra las fuerzas del Mal.

—¿Existe realmente algo contra el Diablo? —se interesó Floyd, contemplando toda aquella serie de objetos curiosos e inquietantes, muchos de los cuales conocía él ya a través de su investigación sobre la metería.

—¿El Diablo? -el viejo tendero se encogió de hombros, con aire escéptico—. ¿Qué es, exactamente, el Diablo? Muchas manifestaciones del Mal tienen su nombre o se le atribuyen a él, pero lo que Katia me dijo aquel día fue que...

De repente, Lowry intuyó el peligro. No supo cómo, pero algo *en* su interior le dijo que el mal estaba presente de alguna forma en aquel oscuro lugar, con olor a viejo y a abandonado. Giró la cabeza, preocupado, al tiempo que hada un vivo gesto con su mano al comerciante. Este le miró, perplejo, interrumpiendo sus palabras.

—¿No nota algo raro? —jadeó Floyd, escudriñando cada rincón de la estancia.

El viejo enarcó las cejas, mirándole sin comprender. Floyd acababa de fijarse en el gran gato negro. Los ojos amarillos y fosforescentes de éste, estaban abiertos ahora. Ya no dormía profundamente como antes.

Y le estaba mirando a él.

Las cacatúas emitieron gruñidos en su palo. También mantenían los ojos fijos en Floyd Lowry. Había algo maligno, extraño, en las miradas de los tres animales. De repente, la atmósfera de la trastienda se había hecho densa, pesada, casi tangible.

—No noto nada... - murmuró el hombrecillo, encogiéndose de hombros—. Como le decía, señor, cuando la princesa Katia me visitó, lo que quiso saber era cómo enfrentarse a... a... ¡Dios mío!

¿Qué es eso?

Ahora era él quien también lo percibía. Todos los objetos de la trastienda estaban vibrando, temblando como si fuesen algo vivo. Los animales disecados parecían de repente cobrar extraña vida, y sus vidrios clavados en lugar de los ojos, cobraban un brillo maléfico, casi vital. El cabello de Lowry se erizó. Fuera, sonó el campanilleo de la puerta, y una corriente helada, que le era ya conocida, agitó las cortinas de la puerta de acceso a la trastienda, penetrando allí aquel gélido frío que parecía venir de las entrañas mismas de la oscuridad y de la muerte...

—¡Cuidado! —gritó con voz ronca Floyd—. Protéjase! ¡Es el Mal, la muerte...! ¡Está aquí ahora...!

Y rápidamente, se echó atrás, justo en el momento en que los amuletos caían ruidosamente de la estantería, los anima les disecados parecían tomarse vivos y se ponían en movimiento, como seres de pesadilla... y el gato negro, lanzando un horrible y ronco

maullido, se precipitaba, con sus zarpas por delante, contra el rostro del joven inglés.

El viejo comerciante chilló de terror cuando las cacatúas remontaron el vuelo, abandonando su soporte para precipitarse sobre él con la furia de los dos halcones, emitiendo chillidos agrios y chirriantes con sus corvos picos. Las plumas multicolores aparecían erizadas, dándoles a los dos animales domésticos un aspecto terrorífico.

Floyd Lowry se cubrió a tiempo con ambos brazos, sin tiendo cómo las uñas curvadas del enfurecido gato se hincaban en su chaqueta y llegaban incluso a su carne, desgarrándola. Los maullidos del animal eran feroces, como podía emitirlos un felino gigantesco y rabioso, ávido de sangre humana.

El tendero cayó al suelo, picoteado furiosamente por sus pájaros, que le clavaban despiadadamente sus picos en el rostro, en la nariz, en los labios, en los ojos, atravesando sus párpados y desgarrando sus globos oculares brutalmente, mientras los alaridos del infeliz llenaban la trastienda, como un ramalazo de horror supremo.

Floyd nada podía hacer por ayudarle. El enorme gato negro, aferrado a él, pugnaba por alcanzarle el rostro o la cabeza, el cuello o el pecho, con sus garras rabiosas, sin dejar de maullar como un desesperado. El forcejeo brutal se hizo más intenso cuando los animales disecados, dotados de extraña vida, se abatieron sobre Lowry, que se vio atacado, simultáneamente, por un gato real, lleno de vida y de fuerza, y por un halcón, un perro y un mono disecados y sin el más leve soplo de vida real en sus cuerpos rellenos de serrín. Notó el picotazo del halcón en su brazo, la mordedura del perro embalsamado en una pierna, el ataque del mono contra su espalda...

Forcejeó con todos ellos, a la desesperada, retrocediendo hacia la tienda, que era ya una barahúnda de cuerpos disecados en movimiento, bailoteando o cruzando el aire, como movidos por una fantástica fuerza capaz de devolver la vida a los muertos. Lowry. escuchando en sus oídos los aterradores lamentos de agonía del desdichado comerciante, logró lanzarse, con gato y todo, contra el escaparate repleto de nuevos animales también movidos por aquella fuerza satánica, y de nuevo su cuerpo tuvo que atravesar como una catapulta la vidriera, lanzándose a la calle, mientras el enorme gato, alcanzado por los afilados vidrios en cuello y cabeza, emitía un aullido agudo, estremecedor, quedándose colgado de las aristas vidriosas, desangrándose copiosamente mientras pataleaba en vano

intentando soltarse de los vidrios que le degollaban.

Floyd rodó por el empedrado tosco de la calle en pendiente, precipitándose hacia abajo, y dejando tras de sí, dispersos, los animales disecados que acababan de atacarle, y que ya fuera de la tienda de taxidermia parecían perder toda su fuerza, para recuperar su inmovilidad anterior.

Varios transeúntes y vecinos corrieron hacia él, tras oír el estruendo de vidrios rotos, y Floyd les gritó, mientras sentía correr la sangre por sus brazos y piernas:

—¡A él, a él, ayúdenle a él, al dueño de la tienda! ¡Le están matando...!

Alguien le entendió y habló en la lengua local a varios hombres, que se precipitaron dentro de la tienda en tropel, tratando de auxiliar al dueño de la misma, si bien Lowry temía que ya fuese tarde para eso.

Poco después, una pequeña ambulancia le recogía del suelo para conducirle adonde pudiera ser debidamente atendido. Dentro de la tienda, el revuelo era considerable. Alguien comentó, cerca de Floyd Lowry, cuando éste era metido en la ambulancia:

—Esos pájaros debieron volverse locas. Han vaciado los ojos de su dueño... y le han causado la muerte a picotazos...

*
*
*

Muy pálida, Dunia puso ante su huésped una taza de tisana caliente. Movió la cabeza, contemplando sus vendajes.

—Debió quedarse en el hospital —dijo con voz apagada—. Le podrían atender mejor que aquí, Floyd...

—Posiblemente —suspiro él—. Pero no me gusta el trato de los hospitales. Le falta siempre algo de humanidad.

—Tal vez en las grandes ciudades sea así, señor Lowry —expuso el doctor Lukas—. Pero la nuestra es una pequeña comunidad que resulta mucho más humana y entrañable con la gente. No hubiera estado tan mal allí, créame. Pero usted insistió tanto en volver aquí...

—De todos modos, doctor, cuidaremos de él con mil amores —murmuró el reverendo Borzman, acercándose a ellos—. Oreo comprender a mi amigo Lowry correctamente. Después de las experiencias vividas, se siente más seguro bajo este techo, ¿no es cierto?

—No lo sé, reverendo —confesó amargamente Lowry—. Ya he empezado a dudar de que un techo sagrado sea protección contra el Mal. Llevo la cruz conmigo, y no sirve de nada...

—La cruz es sólo un recurso. El Enemigo se hace cada día más fuerte —sentenció el sacerdote—. A veces, ni el exorcismo es capaz de derrotarle fácilmente... Vivimos tiempos en los que el diablo ha cobrado demasiada fuerza.

—Evidentemente —asintió Floyd—. Si hubieran visto la escena en esa horrible tienda...

El burgomaestre de Bosznaburg, y primer ministro del Gobierno del minúsculo país, el muy honorable Vrolak, se aproximó también a ellos, apartándose de la ventana por la que miraba, pensativo, al exterior. Era un hombre rollizo, afable y lleno de salud, de ojillos perspicaces y sonrisa fácil. Pero ahora distaba mucho de sonreír.

Su rostro de luna llena reflejaba preocupación y temor.

—Es fácil de imaginar —comentó—. Mis agentes han examinado el lugar de los hechos, lino de los vecinos mató a las dos cacatúas a palos. Ahora todo está allí en calma, puesto que también el gato resultó degollado por los vidrios del escaparate, pero usted ha salido de allí lleno de heridas, y el propietario murió antes de ser atendido, víctima de horribles picaduras y zarpazos.

—No sólo eran el galo y los pájaros, señor —dijo roncamente Floyd. Todo se movía, cobraba vida, atacaba... lo do. Incluso los animales disecados.

—¿Está seguro de eso, señor Lowry? —dudó el burgomaestre, arrugando el ceño—.

¿No puede haber visto caer a esos animales, moverse por alguna razón, sacudidos por

algo, y teniendo la impresión
de que cobraban vida?

—No, señor. Les vi tan claramente como les veo a ustedes ahora. Los pájaros disecados volaban, loa animales de los que solo queda la piel o las plumas, con ojos de vidrio, andaban y atacaban... Todo cobró vida, como a un influjo siniestro. Y el aire era frió y aterrador, formando una repentina corriente estremecedora. Sé que todo eso le parecerá absurdo, burgomaestre, pero es la pura verdad. Había una fuerza que movía todo aquello. Y parece obvio qué clase de fuerza era ésa...

—El Diablo —suspiró el honorable Vrolak, con escepticismo—, Dios mío, ¿cómo se puede levantar un atestado legal con esa base? Se reirían de nosotros en todo el mundo...

—Eso es lo malo de nuestros tiempos, señor —dijo con tristeza el reverendo—. La gente se ríe del infierno, toma a mofa al diablo... Ese escepticismo, esa falta de fe en la existencia del Mal, es lo que más puede fortalecerle.

—Por favor, reverendo, vivimos en el siglo XX —se quejó el burgomaestre—. Usted, como religioso, acepta implícitamente la existencia física de un ser maligno, pero la gente es mucho menos crédula, no admite ciertas cosas que no puede ver...

—Pero yo las vi, señor burgomaestre —dijo fríamente Floyd Lowry . Las vi y puedo jurarlo. No me importa que me crean o no. Ahora estoy seguro. Cuando ese hombre iba a revelarme algo, algo que también Katia supo a través de él... ocurrió todo. Nuestro enemigo sabe intervenir a tiempo para que no sepamos toda la verdad y podamos defendernos de sus malignos poderes.

—Y según usted... el diablo actúa contra la familia real especialmente... —apuntó el burgomaestre Vrolak, pensativo.

—Así es —afirmó Floyd—. Atacamos a mi y al taxidermista sólo fue motivado, como he dicho, para evitar que yo pudiese utilizar cierta clase de arma, que sin duda existe, contra el poder de las tinieblas al que nos enfrentamos. La familia de los principes de Morgenstein es el objetivo y la raíz de todo este mal, sin lugar a dudas. Usted mismo, si no recuerdo mal, burgomaestre Vrolak, presenció la aparición del espectro del príncipe Hansel una noche de nieve ante la casa de los Morgenstein.

—Es cierto —afirmó sombrío el burgomaestre y primer ministro —. Pero lo atribuí a una simple visión, a una alucinación... o todo lo más. a una manifestación espiritista. Que no es lo mismo que enfrentarse al mismísimo Satanás, señor Lowry. Después de todo, estando Mordana presente, todo es **posible...**

—¿El aya del pequeño Lajos? —se interesó vivamente Floyd,

olvidándose del dolor de sus brazos, cubiertos de arañazos de gato, y de sus piernas, laceradas a picotazos y zar pazos de un ave disecada.

—La misma —suspiró Vrolak, meneando la cabeza—. El reverendo sabe a lo que me refiero...

—En efecto —asintió éste, cruzando sus manos sobre el regazo, la Biblia entre ellas—. Mordana es una mujer extraña, supersticiosa... Muy dada a sortilegios y a práctica de magia, creo que ella sola podría hacer aparecer un pretendido espíritu o, cuando menos, hacérnoslo creer a los demás con sus sortilegios.

—¿Por qué tienen como aya del niño a una mujer así? Ese pequeño podría ser el futuro príncipe de Morgenstein, si sus tíos tienen ahora una niña en vez de un niño. ¿No

funcionan así las dinastías reales?

—En efecto —convino el honorable Vrolak con voz suave—. Quedarse embarazada, es un peligro para la princesa Ilonka, puesto que su salud no es muy buena. El doctor Lu- kas conoce bien ese hecho.

—Así es —corroboró el médico—. Le he aconsejado a la princesa que sólo tenga este hijo, sea varón o hembra. Incluso éste puede crearle graves problemas de salud o nacer muerto. Pero ella quiere correr el riesgo.

—En esas circunstancias, es peligroso que del pequeño Lajos cuide una mujer como Mordana —insistió Lowry, ceñudo—. Podría usar sus influjos para dañarle...

—No lo creo —negó Vrolak—. Parece querer mucho al pequeño. Pero eso no impide que ella sea una mujer bastante rara, la verdad.

—Y en una ocasión, el pequeño Lajos casi fue atacado por Satanás... —recordó Lowry gravemente.

—Sólo por una presunta imagen del mismo, que fue combatida — replicó el reverendo con vivacidad—. Dudo que eso lo hiciera Mordana. Ella no llegaría a juegos tan peligrosos, Lowry.

—Nunca se sabe, reverendo —terció el burgomaestre—. De todos modos, voy a visitar a los Morgenstein en su casa, para informar a Sus Altezas de lo sucedido. Creo que es mi deber hacerlo lo antes posible.

—Me gustaría ir con usted, señor —sugirió Floyd vivamente.

—¿A Dragonhaus? —el burgomaestre enarcó las cejas—. Creí que prefería mantenerse lejos de allí...

—Tenía la idea equivocada de que la influencia maligna sólo existía en las tierras de Dragonhaus —suspiró Floyd, moviendo la cabeza con desaliento—. Ahora he sabido que el Mal se puede hacer presente en cualquier lugar... Iré con usted, si no le importa.

Por supuesto que no. Será mejor que su Alteza oiga la historia de sus propios labios, señor Lowry, si bien no sé si su estado actual será el más adecuado para desplazarse... — y miró interrogativo al doctor Lukas.

El módico miró a Floyd y meneó la cabeza, con aire de reproche.

—No debería moverse de aquí, la verdad —expuso—. Pero sé que insistirá hasta que le autorice... o se marchará sin mi permiso. Mientras no se fatigue demasiado...

—Le prometo no forzar demasiado las cosas, doctor —sonrió

Lowry—. Gracias por
todo.

—¿Eso significa que no volverá aquí, Floyd? —se desilusionó Dunia.

—No, nada de eso Si siguen admitiéndome en su casa, gustosamente regresaré hoy mismo con ustedes.

—Sabe que está en su propia casa, Lowry' —sonrió el reverendo—. Llévese la llave y regrese cuando guste. Estaremos esperándole. Pero, por el amor de Dios, no corra riesgos innecesarios. En dos ocasiones ha estado a punto de morir. No quisiera que existiese una tercera vez.

—Intentaré que así sea, reverendo. Y esta vez, no sólo con la cruz. Si el demonio va a utilizar en lo sucesivo a criaturas vivientes para lanzarlas sobre los demás, creo que un arma de fuego será de tanta utilidad como la propia cruz.

—¿Un arma de fuego? —se asustó el religioso.

—Sí. Llevo una en mi equipaje. Si el señor burgomaestre no tiene inconveniente, la llevaré conmigo.

—En Morgenstein están prohibidas las armas que no son de caza pero, dada la situación... —el honorable Vrolak resopló, dibujándose al fin una sonrisa en su rostro relleno—. Está bien, lleve su arma, si cree que va a defenderle del diablo.

—Del diablo, no sé. De sus servidores de carne y hueso, tal vez.

CAPITULO VII

El automóvil del hombre que compartía los cargos de alcalde de la ciudad y primer ministro del Gobierno del minúsculo principado era un modelo relativamente moderno de la industria alemana, un Opel con cinco o seis años de antigüedad. pero en perfecto estado, que rodaba a buena velocidad por la carretera que unía a la ciudad con Dragonhaus.

Sobre sus cabezas, el ciclo aparecía azul y sin nubes. El sol calentaba en la tarde apaciblemente, y los campos mostrábanse dorados y verdes, llenos de bucólica paz.

—Parece mentira... —susurró Floyd en un momento del viaje.

—¿Mentira? ¿El qué? —se interesó a su lado el burgo maestre, mientras un chófer conducía a ambos hombres al volante del Opel.

—Que puedan ocurrir cosas así en un lugar como éste. Todo respira calma, quietud. El sol brilla esplendoroso, el tiempo es magnífico, y los campos invitan a soñar y a disfrutar de su sosiego veraniego. ¿Cómo puede haber nada oscuro ni maligno en este lugar?

—Así son las cosas, mi querido amigo —resopló el gordinflón Vrolak—. Es como un infierno en el paraíso. Las apariencias, a veces, son engañosas. Este principado ha tenido siempre aspecto apacible. Y, sin embargo, su historia está llena de guerras, violencia, enfrentamientos, duelos y hasta invasiones extranjeras. Sólo el presente es amable con Morgenstein. Pero, como usted sabe, no del todo...

Floyd asintió, mirando la campiña, pensativo. Señaló algo, con repentina curiosidad.

—¿Qué es aquello? —quiso saber.

Vrolak miró por la ventanilla del coche. Se encogió de hombros al ver lo que señalaba Floyd.

—Oh, un carromato. Pertenece a una gitana solitaria que acampa siempre por estos parajes. Ya sabe cómo son esa gente: siempre nómadas, de acá para allá...

—¿Permiten que una gitana acampe cerca de la ca sa de sus Altezas?

—Bueno, Anaya es inofensiva. Una zíngara que lee la buenaventura a la gente, y vende medicamentos que normalmente

no sirven para nada —rió el burgomaestre—. Nunca nos ha creado problema alguno. A veces se ausenta durante meses enteros. En otras ocasiones no se mueve de aquí durante largo tiempo. Vive a su aire. Y no molesta a nadie. La propia princesa Ilonka ha autorizado a que acampe ahí cerca.

—Me gustaría conocer a esa gitana.

—Nada más fácil. Vamos allá. Si le da una moneda, se sentirá feliz, seguro. Eh, Frits, llévanos al carromato de Anaya.

El chófer asintió, dirigiendo el vehículo por un sendero lateral, hacia el punto del prado donde se hallaba detenido el viejo carromato. A menos de media milla, era ya visible el pabellón de caza donde muriera la princesa Katia.

El Opel se detuvo ante el carro. Bajó Lowry de éste, seguido dificultosamente por el orondo burgomaestre. La puerta del carromato se abrió. Unos ojos fulgurantes miraron a

ambos, por debajo del rizoso pelo. El moreno rostro aparecía flanqueado por dos grandes aros dorados prendidos a las orejas de la zíngara.

—Buenas tardes, muchacha —saludó Floyd en inglés—. ¿Hablas mi lengua?

—Un poco —admitió ella, recelosa, oteando de reojo al burgomaestre—. Mi pueblo habla muchas lenguas porque siempre recorre muchos lugares. ¿Qué vienes a buscar?

—Quizás mi destino —sonrió Floyd, sacando de su bolsillo un billete de cinco libras—
. ¿Podría conocerlo a cambio de esto, A naya?

—Claro —ella le quitó rápidamente de los dedos el billete y lo guardó entre sus pechos morenos, bajo la blusa escotada, de vivas colores-—. Dame tu mano, extranjero.
¿Tú no te vas a dejar decir la buenaventura, señorón?

—No, no —rió Vrolak de buen humor—. Sólo quiere saberla mi amigo el inglés. Pero pórtate bien. Te ha pagado más de lo que es habitual, ¿no?

—Porque es todo un caballero —dijo ella, altiva, tomando la mano de Floyd entre las suyas, bronceadas y llenas de pulseras tintineantes en sus muñecas—. Me gustaría ver en tu mano sólo motivos de alegría... pero ningún hombre tiene sólo cosas buenas en su futuro... Veo aquí la línea de tu vida. Es larga, duradera. Pero llena de sobresaltos y riesgos... Aquí parece verse peligro... Sí. Mucho peligro.

Le miró rápidamente a los ojos. Las pupilas fulgurantes de la zíngara parecieron revelar algo oscuro y enigmático. Floyd notó que sus dedos se hincaban en la palma de su mano.

—Hay amenazas en tu vida, extranjero —dijo en un susurro, repentinamente seria—
. Cosas que no entiendo y me dan miedo...

—Intenta averiguar qué son —dijo Lowry, serio—. ¿Acá so ves al diablo en mi mano, Anaya?

—¡El diablo! —ella retiró vivamente la mano de Floyd y le miró, asustada, retrocediendo dos pasos—. Si... Puede ser eso lo que veo en tus líneas... Tu vida, tu mente y hasta tu amor mismo, dependen de ese algo que aparece ahí. Es malo, extranjero. Muy malo... y muy oscuro. No sé lo que es. No tiene aspecto humano. No es hombre ni mujer. Es... es como una sombra. La tienes ahí grabada, en tu piel. Te acecha...
¡Puede matarte... o algo peor! Puede condenarte eternamente,

extranjero... ¡Lo siento, lo siento, pero no puedo decirte nada más, porque me das miedo!

—¿Yo? —sonrió Lowry, conciliador, alargando su mano—. Vamos, Anaya, no puedo hacerte daño...

—¡No me toques! —ella se persignó rápidamente, dilatan- do sus oscuros ojos, ardientes como brasas, en el rostro repentinamente pálido bajo la capa de bronce de su piel gitana—. No me toques, extranjero... Llevas a la muerte contigo. Peligra quien esté a tu lado... Tienes un enemigo... Un enemigo que te odia. Un ser que no es hombre ni mujer... y que te odia hasta desear tu muerte más que nada en este mundo... ¡Apártate de mí, estás maldito, maldito...! ¡Tu futuro es el fuego del infierno... o el amor y la felicidad, si logras vencer al ser que tanto te aborrece!

Se metió como una centella en su carromato y cerró de golpe la puerta. Dentro, sonó un cerrojo con golpe seco. Oscilaron, en la madera de la puerta del carro, una ristra

de ajos y una rama de muérdago. Floyd Lowry, ceñudo, con templó todo ello en silencio.

La mano del burgomaestre apretó con fuerza su hombro.

—Vamos, vamos —rió entre dientes Vrolak—. No creerá eso a pies juntillas, ¿eh? Son supersticiones, habladurías de gitana y nada más...

—No sé... No sé qué pensar, burgomaestre —musitó Floyd, regresando despacio al interior del coche—. Estaba realmente asustada de mi. No fingía, estoy seguro...

—Uf, no sabe la capacidad de actores que tienen todos ellos —se mofó el burgomaestre, acomodando su pesada humanidad en el fondo del asiento—. Sigamos. Fritz.

El Opel rodó de nuevo. El carromato de la gitana quedó atrás. Lowry lo siguió con mirada pensativa.

—Un enemigo que me odia... que no es hombre ni mujer... —susurró entre dientes Floyd—. Mi futuro es el fuego del infierno... o el amor y la felicidad... Juraría que esa gi- tana vio algo más... algo que no dijo... impreso en mi mano.

Y eso es lo que más le asustó... Pero ¿qué sería? ¿Qué sería...?

*

*

*

—¿De modo que está nuevamente de vuelta aquí, señor Lowry...?

—Si, Alteza. Y por lo que ya le ha referido telefónicamente el señor Vrolak, por ningún motivo agradable para nadie...

—Lo sé —el rostro del príncipe Zoltan se nubló—. Otra víctima de ese horror inconcebible...

—Así es. Alguien que, de no haberle visitado yo esta mañana, tal vez ahora seguiría con vida. Alteza. Me siento culpable de ello en cierto modo.

—No diga eso, amigo mío. Usted buscaba la verdad que ha venido a intentar descubrir aquí para librar a mi familia de esa maldición diabólica. No podía imaginar que fuese atacado, junto con la persona a quien interrogaba... Pudo haber muerto usted también, lo mismo que en el invernadero... Basta con ver sus huellas; ahora.

—Así es. Alteza. Un gato cubrió mis brazos de zarpazos con los

que pretendía cegarme y destruir mi rostro. Unos animales disecados, me atacaron como si estuvieran llenos de vida, dañando mis piernas y espalda.

—¿Disecados? —se estremeció el príncipe Zoltan, muy pálido.

—Si. Alteza. Como los vidrios del invernadero o del pabellón de caza, incluso unos animales disecados pueden cobrar vida, movidos por ese poder satánico que nos acecha. No hay lugar alguno donde uno esté a salvo de tal acoso, de esa fuerza demoniaca que llega de improviso y todo lo destruye.

—¿No existe posibilidad alguna de combatirlo?

—No lo sé. Sospecho que sí. Y que el hombre de la tienda de taxidermia lo sabía — relató todo brevemente, sin omitir detalle alguno—. Como ve, iba a decirme algo, algo que también reveló a su prima, la princesa Katia, cuando se produjo la agresión. Ella también se llevó su secreto a la tumba. De modo que, evidentemente, existe ese modo

de enfrentarse al Mal. Pero ignoramos cuál puede ser.

—¿Se le ocurre algo para intentar dar con él?

—La verdad. Alteza: no. No se me ocurre nada. Lamentable, ¿verdad? Un detective privado acepta un caso, viene a desentrañarlo y termina confesando su impotencia ante algo que ni siquiera tiene forma ni apariencia humana, algo que no sabemos de dónde llega...

—Sabemos, cuando menos, que el diablo está tras de todo esto.

—Si, pero el diablo adopta formas, utiliza a otros, recurre a estratagemas y medios ocultos, enigmáticos... Si no sabemos dónde está realmente ese demonio, cómo se oculta y en qué forma planea sus ataques, estamos perdidos, a su merced. Esa sensación de impotencia es la que me indigna y me aterra.

—Bien. No podemos hacer nada desesperándonos y golpeándonos contra un muro de cabeza, amigo mío —se lamentó amargamente el príncipe—. Creo que lo mejor es tratar de afrontar serenamente las cosas y meditarlas con toda calma. ¿Se quiere quedar a cenar con nosotros, señor Lowry? El burgomaestre también se quedaría, y podrían regresar juntos, después de la cena, a la ciudad. Claro que si teme estar bajo este techo, lo comprenderé muy bien y...

—No es temor lo que siento a vivir aquí. Alteza —rechazó Floyd —. Ahora sabemos que esa fuerza maléfica está lo mismo aquí que en la ciudad o en cualquier otra lado. Lo que deseo es mantenerme a distancia de la familia, para ver las cosas con otra perspectiva. Volveré a casa del reverendo, pero acepto su invitación. Cenaré con ustedes. Alteza, con sumo gusto.

—Eso me conforta — suspiró el príncipe Zoltan—. Mi esposa, Ilonka, está delicada, y estos sucesos la impresionan mucho, en su actual estado. Temo por nuestro futuro hijo y por ella misma. Creo que su presencia esta noche aquí, la dará cierta moral. Me ha confesado que tiene gran confianza en usted.

—Ojalá sea yo capaz de corresponder a ella —murmuró Floyd, pensativo, moviendo la cabeza con pesimismo.

Y miró en torno suyo, a los altos muros y al techo abovedado de la gran sala encristalada, escuchando los ladridos de los lebreles de la casa, allá en las perreras, a medida que la tarde declinaba, suave y tibia.

Una vez más, el joven detective creyó intuir algo extraño y maléfico en el ambiente, algo que parecía flotar allí, invisible e impalpable, pero que daba una

sensación de frío glacial a su espalda, hasta erizar sus cabellos en la nuca.

Era como si los terrores oscuros de la zíngara Anaya se materializasen en torno suyo. Como si el poder maligno que tanto le aborrecía estuviese acechándole desde las sombras, presto a caer sobre él y aniquilarle.

Miró al jardín. Un seto se agitaba ligeramente. Como si un soplo de inexistente brisa en la tarde veraniega, le hubiese acariciado. O como si alguien hubiera rozado la hojarasca, moviéndola a su paso.

Pero no había nadie a la vista. Sin embargo, Floyd Lowry se preguntó si un momento antes no habría unos ojos perversos y malvados escrutándole desde detrás del seto.

Quizás los ojos de rojo fulgor del Adversario...

Estaban todos a la mesa. Todos menos el pequeño Lajos y su aya, naturalmente, porque el niño cenaba antes y se retiraba a descansar. Pero los restantes miembros de la familia Morgenstein se sentaban en torno a la mesa bien provista y exquisitamente atendida.

La condesa Zarda los príncipes, Ilonka y Zoltan, el honorable Vrolak, burgomaestre y ministro, y el propio Floyd Lowry, el invitado de honor. Mitza y Olar servían la mesa con eficiencia y respeto. Olar era un hombre alto, severo y digno, impecablemente uniformado de mayordomo. Mitza, la muchacha que actuaba como doncella, era una pizpireta, morena y curvilínea joven, cuyas formas difícilmente disimulaba ni siquiera su sobrio uniforme gris, con cofia y delantal. En alguna ocasión, durante la cena, al ser servido por ella, Lowry había notado contra su brazo el roce de los pechos de la doncella, firmes y macizos como frutos sin madurar. Ignoró si esa fricción había sido intencionada o no. Pero no era desagradable, ni mucho menos.

Estaban llegando a los postres cuando sucedió lo imprevisible, rompiendo con dramático impacto la relativa calma de la cena.

En el momento en que la princesa Ilonka se inclinaba hacia Lowry para comunicarle sus temores sobre el cercano parlo que tenía que afrontar, dado su estado de salud y las impresiones últimamente sufridas, un ruido de pasos precipitados y una serie de lamentos doloridos sobresaltó a todos los presentes.

Olar trató de impedir, con su solemnidad habitual, que la persona entrase en el comedor con brusquedad, pero no pudo evitarlo. El aya Mordana apareció, muy pálida, en el umbral. Su grito conmovió a todos los presentes:

—¡Dios mío, es horrible! —clamó—. ¡El niño! ¡El pequeño Lajos... ha desaparecido! ¡Temo por él, temo por él: ¡Tiene que encontrarlo pronto!

Todos se pusieron en pie de un salto. Floyd Lowry corrió hacia el aya, anticipándose a todos, y la lomó por un brazo, con energía.

—¡Vamos, cálmese! —la exhortó con voz clara y autoritaria—. ¡Serénese, Mordana, y díganos qué sucede exactamente! ¿Por qué cree que el niño ha desaparecido?

—Su cama... Las ropas están en desorden... El cuarto está vacío... la puerta abierta... El nunca sale de su dormitorio sin mi permiso. Yo estaba en el lavabo, y al regresar me encontré con todo eso... La ventana... la ventana de su cuarto también está abierta de par en par... pero no hay nadie abajo. Si hubiera caído por ella, se

hubiese matado en la terraza embaldosada... ¡Le he llamado y no contesta!

—Oh, no. Señor, no es posible... —sollozó Ilonka, lívida, cayendo en brazos de su marido—. Primero, sus padres, ahora él... No puede ser que ocurra esto...

—Calma, Ilonka, el niño aparecerá por alguna parte, estoy seguro... —murmuró roncamente el príncipe Zoltan, más para serenar a su mujer que por propia convicción—. Mordana, ¿Donde puede haber ido Lajos, al abandonar su alcoba?

—No lo sé, Alteza... —gimió el aya, con los ojos ensombrecidos- . Si es dueño de sus actos, lo más que hubiera hecho es bajar aquí, al comedor, por curiosidad...

¡Dueño de sus actos! —repitió Lowry, con un escalofrió—. ¿Qué quiere decir con eso, Mordana? ¿Teme que el niño haya actuado así... poseído por algo o por alguien?

El aya le miró. Era la suya una mirada profunda, enigmática. Asintió despacio, con la

cabeza, por fin.

—Usted ha dicho lo que pienso... — musitó sordamente—. Sí, señor. Puede ser eso... En ese instante, los ladridos de las perros de caza, en las perreras de Dragonhaus, se hicieron más y más intensos, como si algo les enfureciera. Pero nadie prestó atención al hecho, alarmados como estaban por la noticia de la desaparición del pequeño Lajos de Morgenstein. Lowry si escuchó. Le parecían ladridos feroces, de animales rabiosos. Una sensación incómoda y fría subió por su espina dorsal.

—Mordana... —preguntó roncamente, aferrando al aya por un brazo—. Responda a esto, Mordana, por el amor de Dios... ¿Al pequeño le gustan los perros?

—Mucho, señor —afirmó, sin entender—. Los adora. Juega mucho con ellos y...

¡Pronto, corramos! —clamó en tono desesperado Floyd, lanzándose hacia la salida—. ¡A las perreras, antes de que sea demasiado tarde! ¡Alteza, pida ayuda, lleven armas de fuego, escopetas, lo que sea! ¡Creo que se dónde está el niño ahora... y la clase de peligro que le amenaza!

Y sin aclarar más, el detective sacó de su chaqueta el revólver que había llevado en su equipaje y corrió hacia el exterior, amartillando el arma con el rostro desencajado.

CAPITULO VIII

Fue una escena terrible la que afrontó el grupo de personas que encabezaba Lowry, revólver en mano.

Para espanto de todos, la perrera era en esta ocasión el escenario del más aterrador
de los peligros para el pequeño e indefenso niño.

¡Dios mío» no, no. eso no! —clamó con voz quebrada incluso una persona de la entereza y el vigor de la condesa Zarda, retrocediendo con los ojos desorbitados por el pánico ante el atroz espectáculo.

Los perros parecían salidos del mismo infierno. Eran lebreles, buenos perros de raza, destinados a cazar en las propiedades de la familia real. Ahora, parecían mastines encarnados en Satanás, exhibiendo sus colmillos fieramente, babeando sus bocas abiertas, emitiendo ladridos espasmódicos, con los ojos dilatados, vidriosos y crueles, llenos de odio, fijos en el niño que iba a ser su víctima.

Porque, por fortuna para él, los perros estaban atados al muro mediante argollas a las que se ataban largas correas que, unidas a sus collares, les permitían amplios movimientos por el recinto, para no sentirse prisioneros.

Una de esas correas acababa de romperse, a causa de los tirones del animal, y éste, con sus fauces babeantes dilatadas, caía ya sobre el aterrorizado y pequeño Lajos, que sollozaba muerto de pánico, ante la presencia de las bestias enfurecidas. Otros perros mordisqueaban las correas de los demás, ayudándoles a liberarse, y dos más pronto se soltaron, lanzándose como flechas hacia la victima indefensa.

En ese momento, Floyd Lowry disparó su revólver repetidas veces, sin la menor vacilación. Las perreras de Dragonhaus se llenaron de estruendo y humo de pólvora.

Saltó por los aires el perro agresor que mordía ya al niño en un brazo, con la cabeza destrozada por un balazo. Otro de los perros que corría hacia Lajos recibió el balazo en el costado, le atravesó el corazón y rodó por tierra, aullando lastimosamente. Un tercero recibió una brutal perdigonada de la escopeta que esgrimía el príncipe Zoltan, y nuevos disparos de escopeta hechos por Olar, el mayordomo, desde la entrada de la perrera, abatieron a los que

pugnaban por soltarse para unirse al ataque mortífero contra el pequeño Lajos.

Un hermoso mastín manchado, blanco y negro, forcejeaba rabiosamente por desprenderse de la correa, para atacar al niño, y estaba a punto de lograrlo. Su cuerpo musculoso y elástico, se retorcía en su empeño, como poseído de una furia satánica. Floyd dirigió su revólver al animal. La voz del niño sonó, patética:

—¡No, no! ¡No lo mate, señor! ¡A «Lobo», no! ¡No dispare, por favor...!

Lowry dudó, pese a que los colmillos del mastín centelleaban a la luz de las lámparas, y sus ojos eran dos carbones encendidos, fijos en el niño. Miró al pequeño. Pese a tener sangre en su mejilla y brazo, resultado del ataque inicial de los perros enfurecidos, lloraba por su perro favorito, mirando implorante a Floyd.

Resonó una nueva detonación. Potente y sorda. El mastín manchado emitió un aullido de agonía. Se desplomó, revolcándose, con un enorme boquete en cuello y parte inferior de morro y hocico. El niño chilló, desesperado, tapándose el rostro. Su aya corrió a él. Los brazos de Mordana le rodearon, amorosos y protectores.

Floyd giró la cabeza. La escopeta de dos cañones del príncipe Zoltan humeaba tras vaciar su carga de perdigones. Ambos hombres se miraron, mientras el niño gemía:

—Oh, tío Zoltan, no... No debiste hacerlo... «Lobo» era mi amigo... Mi mejor amigo... Te odio, tío Zoltan, te odio por lo que has hecho...

—Lajos, querido sobrino, compréndelo —susurró el príncipe— iba a despedazarte, estaba como loco. Ya no era tu amigo. Ya no, hijito...

—¡No, no! ¡Le has matado, le has matado...! —seguía sollozando el niño, mientras se lo llevaba, firmemente cogido, su misteriosa aya, tras una mirada silenciosa a Lowry.

—Bien... —susurró el príncipe, bajando el arma, mientras los dos últimos perros, supervivientes aún de la matanza, sujetos a sus correas, parecían irse calmando poco a poco, pese a emitir amenazadores gruñidos, pero ya con el rabo bajo, entre las patas—. Lo siento por el pequeño. Pero no había otro remedio, ¿verdad, Lowry?

—Verdad. Alteza. No tiene que justificarse. No fue un acto de crueldad, sino de estricta necesidad. Opino como usted. «Lobo» hubiese matado sin vacilar al niño.

—Pero ¿por qué? Adoraba al pequeño... Lo crió él desde que nació. Era nuestro mejor y más dócil perro... un amigo para todos —susurró Zoltan, dejando su arma contra el muro.

—¿Acaso los demás perros de su jauría eran peligrosos con la gente? —sugirió Floyd lentamente.

—No. por supuesto que no. Ninguno. Eran buenos, fieles, nobles, amistosos y afectuosos con todos nosotros... Vea ahora mismo esos dos... Así son siempre cuando no van de cacería...

—Los veo y supongo que siempre fueron así. Alteza —afirmó el inglés, acercándose a los perros, ante la mirada de terror de los presentes, y decidiéndose a acariciarles la cabeza y el lomo. Los perros ya no gruñían siquiera. Uno le miró con cansancio, moviendo el rabo. El otro llegó a más: lamió su mano, afectuoso. Lowry palmoteó sus cabezas afec- tuosamente. Luego miró con dolor a los perros muertos sobre su propia sangre.

—Lástima... No eran ellos. Alteza —dijo lentamente—. No eran ellos, sino algo...

alguien que les hizo actuar así. Como el gato y los pájaros del taxidermista...

—¿Sugiere que ellos... los perros... fueron poseídos por... por Satanás? —tembló la voz del príncipe ostensiblemente, mientras parpadeaba con rapidez.

—Algo así. Alteza —confirmó roncamente Floyd Lowry—. Algo así...

Miró en silencio a la condesa Zarda, a Olar y a Mirza, los sirvientes... La princesa se había quedado en la casa, por consejo de su marido. El burgomaestre Vrolak, que permaneciera allí con ella inicialmente, asomaba ahora a las perreras, contemplando perplejo y horrorizado la sangrienta escena.

—Dios mío... —murmuró—. ¿Qué ha sucedido aquí? He visto al niño con su aya, cubierto de rasguños... Ya hemos telefoneado al doctor Lukas para que venga cuanto antes...

—Verá, señor —explicó Lowry sombríamente—. Creo que de nuevo el poder diabólico se ha manifestado en esta casa... Y pudo haber terminado con una vida humana: la del pequeño Lajos...

*
*
*

—Por fortuna, no ha sido nada —suspiró el doctor Lukas, bajando por la escalera de la mansión, con su maletín en la mano—. Simples arañazos de perro y una mordedura poco profunda. Le he aplicado la vacuna antirrábica por si acaso. Pero es evidente que la rabia asesina de los perros no era hidrófoba. I«os dos animales supervivientes han bebido agua tras la crisis, como hemos comprobado. Y los otros perros también habían bebido normalmente agua, poco antes de sufrir ese extraño ataque de agresividad.

—Por supuesto, doctor —afirmó Lowry—. No hay hidrofobia alguna en todo eso. La
rabia era ajena a los perros, algo que la Medicina no podría explicar fácilmente.

—Le entiendo —afirmó el médico, estudiándole en silencio unos momentos—. Otro de esos extraños sucesos, ¿no? Y usted nuevamente por medio, señor Lowry...

—Así es, pero le aseguro que yo no soy el Diablo —dijo con ironía Floyd—. ¿Y la princesa Ilonka?

—Su Alteza me inspira más temores —confesó tristemente el médico-. Su estado de salud es precario, posee una naturaleza frágil... y está sufriendo demasiadas embates últimamente. Este de esta noche ha sido demasiado para ella. Perdió el conocimiento y está muy débil.

—Pero confío en que todo vaya bien, ¿no, doctor? —murmuró el príncipe, que bajaba tras él lentamente.

—Eso espero. No obstante, extremen las precauciones con ella. Si sufre otra crisis podría perderse el niño que esperan *y* poner su propia vida en peligro —declaró sombríamente el doctor Lukas,

encaminándose a la salida—. Ahora, si no me necesitan más por el momento...

—No, doctor, gracias —suspiró la condesa Zarda—. Le llamaremos en cuanto sea necesario, no se preocupe.

El galeno abandonó Dragonhaus. El burgomaestre decidió permanecer un rato más en la casa, cambiando impresiones de los asuntos de Estado con el príncipe Zoltan. Floyd aceptó, quedando en abandonar la casa, de regreso a la ciudad, un par de horas más tarde. Subió las escaleras y asomó al cuarto del pequeño Lajos.

Este dormía, bajo los efectos de un sedante. El mercurocromo y los apósitos cubrían sus heridas en rostro, brazos y manos. A su lado, permanecía sentada su aya, Mordana. Giró la cabeza al oírle, pese a que Floyd estuvo seguro de que no producía el más leve ruido al acercarse a la alcoba y mirar al interior.

La extraña mujer le hizo un gesto elocuente, con un dedo sobre los labios. Luego se incorporó, sigilosa, y se reunió con él en el corredor.

—Está descansando ahora tranquilo —murmuró. Sus ojos brillaban y había una nota patética en su voz—. Gracias, señor. Usted salvó la vida al pequeño muy a tiempo.

—Era preciso actuar de prisa, o hubiera sido demasiado tarde.

—¿Qué le hizo pensar que había ido a las perreras a semejante hora de la noche? Nunca lo había hecho...

—Claro. Tampoco nunca los perros se comportaron así, ¿cierto?

—Cierto —los ojos del aya revelaron algo oscuro y profundo—. ¿Cree que mi pequeño Lajos pudo estar...?

—¿Dominado por Satanás? Es posible. Pero el poder diabólico se alojaba en los perros. El niño fue simplemente forzado a ir allí por esa misma fuerza oculta. Lo demás hubiera venido por sí solo, de no oír yo los ladridos de los perros, que sonaban diferente de lo habitual.

—Usted es inteligente y fuerte, señor —susurró el aya Mordana —. Estoy segura de que puede vencer a esa fuerza maldita.

—No esté tan segura —suspiró Lowry, tras dirigir una última mirada al dormido niño—. Cada vez es más fuerte el poder al que me enfrento. Lo puedo sentir. Está aquí. en alguna parte, al acecho, burlándose de mis esfuerzos, seguro de su triunfo final...

—Dios no lo quiera —dijo la misteriosa mujer, volviendo silenciosamente junto a su pequeño—. Protéjase, señor. Sólo en usted confío...

Cerró suavemente tras de si. Floyd regresó a la planta baja. Había una zona de la casa en sombras. Se detuvo allí y encendió un *Rothman's.* Rápidamente ocultó la brasa del cigarrillo cuando la puerta de la biblioteca, donde estaban reunidos el príncipe y el burgomaestre, se abrió, saliendo su Alteza al oscuro corredor. Le oyó decir, dirigiéndose a Vrolak, que permanecía dentro:

—Un momento, amigo mío. Voy a ver cómo están el niño y mi mujer...

Pero le sorprendió a Lowry ver que el príncipe Zoltan no se dirigía a la escalera, como era de esperar tras esas palabras, sino que tomaba la dirección opuesta, hacia la sala acristalada. Antes de llegar a ella, una sombra emergió de la oscuridad y se aproximó a él.

Ocurrió entonces algo sorprendente. Zoltan se abrazó estrechamente a esa sombra. Floyd oyó el roce de sus cuerpos, el

chasquido apagado de besos apasionados. Las pálidas manos del príncipe recorrían febrilmente las formas de aquel cuerpo en la sombra. Al moverse, durante un par de segundos, un reflejo de luz alumbró a la desconocida persona.

Era Mirza, la morena y voluptuosa doncella de Dragonhaus. Ahora, las manos del principe se hundían en su descote, aferrando ansiosamente los pechos de la joven. Murmuraban palabras apagadas y se besaban casi brutalmente, en un acceso de pasión tumultuosa.

—No, no, aquí no. Alteza... —oyó musitar a la doncella—. Podrían vernos...

—Te necesito, Mirza... —jadeó Zoltan—. Tienes que ser mía una y cien veces...

—Claro, Alteza —dijo ella, con voz ronca—. Luego, cuando todos duerman. Le espero donde siempre...

Se despegó de él, con la blusa casi desabrochada. Floyd vislumbró la desnudez de los espléndidos senos mientras ella se abotonaba con rapidez la prenda y, jadeando, se alejaba del enfebrecido príncipe. Este se dominó, pegado al muro, peinó sus cabellos rubios de un manotazo y regresó de mala gana a la biblioteca.

Floyd Lowry siguió fumando en la sombra. Estaba confuso, aturdido. Evidentemente, no sólo el demonio de la muerte, el odio y la sangre andaba suelto por aquella casa y en- sombrecía a la dinastía de los Morgenstein. También el demonio de la concupiscencia y de la lujuria deambulaba por sus corredores y alcobas, sin que su víctima principal, la her- mosa y frágil princesa Ilonka lo sospechase siquiera...

CAPITULO
IX

—¿Por qué ha permanecido en vela esperándome, Dunia?

—Tenía que hacerlo. Algo me decía, Floyd, que su vida peligraba una vez más — sonrió tristemente la sobrina del reverendo, a la tenue luz de la débil lámpara encendida en el living de la casa—. Tómese un vaso de leche y esas pastas. Lo tenía preparado para usted.

—Es demasiado amable conmigo, Dunia —suspiró él, sentándose ante la joven y acercándose el vaso de leche y las pastas—. He cenado muy bien, pero hace ya tiempo. La permanencia en casa de los príncipes se alargó inesperada y desagradablemente...

Le contó lo sucedido. El bello rostro, sano y juvenil, de la muchacha reflejó angustia y horror. No pudo evitar un estremecimiento.

—Dios mío. Pudieron haber matado al pequeño Lajos. Y también a usted, Floyd...

—No, esta vez no era tanto el riesgo. Eran seres vivos, pobres perros utilizados por un espíritu maléfico... Cuando fueron abatidos, el hechizo terminó. Al menos, de momento. Pero me pregunto dónde vamos a ir a parar a este paso. Cada vez me siento más y más confuso, más preocupado... No logro ver claro. ¿Por qué el diablo, si realmente es él como parece, se ensaña en la familia real de este principado? ¿Por qué ocurre todo lo que ocurre? Incluso el Mal ha de tener un método, unas razones...

—Mi tío dice que el Mal no siempre justifica sus actos entre los humanos. El afán de Satanás es ganar almas para su causa, condenar más seres a la perdición eterna, ganarle batallas a Dios...

—Es posible que sea sólo eso —suspiró Lowry, tomando un sorbo lento de leche, con la mirada fija en el hogar, apagado ahora en tiempo de verano, pero sin duda acogedor y confortable cuando ardiese en las largas noches invernales—. En realidad, todo esto comenzó con la desaparición del príncipe Hansel en el fondo del rio helado. Pero nadie sabe en qué puede terminar...

—El príncipe Hansel... —susurró la joven, afirmando des pació—. No puedo olvidarle fácilmente. Era un buen hombre. Inteligente, locuaz, afectuoso... Sin embargo, la última vez que le vi parecía tan

distinto: sombrío, asustado, casi tembloroso...

—¿De veras? —Lloyd miró curiosamente a la joven—. ¿Cuándo fue eso?

—Justamente el mismo día en que halló la muerte. Estuvo aquí, viendo a mi tío, antes de regresar a su casa... Nunca llegó a ella. Se quedo en el camino, al hundirse la superficie helada del rio y desaparecer en sus frías aguas para siempre...

—De modo que Hansel estuvo aquí el mismo día que murió. Igual que su esposa

Katia... Igual que pudo sucederme a mi esta mañana, en la tienda de taxidermia...

—Si, así es... —Dunia pareció sorprendida—. Curioso, ¿no?

—Mucho. Más que curioso, diría yo. Extraña coincidencia... ¿Sabe lo que vino a hacer el príncipe Hansel aquella tarde a esta casa?

—Por supuesto: hablar con mi tío.

—¿Hablaron?

—No. Mi tío estaba ausente, fuera de la ciudad. Le esperó, impaciente. Luego me

dijo que no podía esperar más, que volvería al día siguiente. Naturalmente, nunca más volví a verle.

—¿No le explicó las razones que le traían aquí? —el interés de Floyd por el asunto parecía ahora realmente profundo.

—Pues no, creo que no... —confesó con ingenua expresión la muchacha—. Al menos, no lo recuerdo.

—Es lástima. Tal vez hubiera sido interesante saber por qué tenía tanta prisa en hablar con un sacerdote poco antes de hallar la muerte de modo tan extraño...

—Espere —le interrumpió de repente Dunia, con un brillo súbito en sus bonitos ojos—. Sí, creo recordar algo... pero no tiene mucho sentido, la verdad.

—No importa —murmuró Floyd—. Dígame lo que sea, por estúpido que le parezca, Dunia.

—Bueno, si así lo quiere... —se encogió de hombros la joven—. Verá, Floyd: esta casa está construida, como muchas de las modernas viviendas de Bosznaburg. sobre viejas edificaciones de la antigua ciudad, derruidas con motivo de guerras e invasiones. Pues bien, debajo de la capilla quedaron las ruinas de una antigua abadía. reducidas solamente, al edificarse esta casa, a la cripta de dicha abadía. Esa cripta sigue estando ahí, bajo nuestros pies, como subsuelo o sótano de la capilla. Pues bien, recuerdo que el príncipe Hansel quería, con permiso de mi tío, visitar esa cripta, ver algo en ella y hacerle una serie de consultas de la mayor urgencia a él, como reverendo y especializado en temas antiguos religiosos de esta ciudad.

—Una cripta de una vieja abadía, bajo nuestros pies... —reflexionó Floyd, con gesto repentinamente serio. Se frotó el mentón—. ¿Usted la ha visitado alguna vez, Dunia?

—Sí, en tres o cuatro ocasiones —la muchacha hizo un gesto ambiguo—. No hay nada notable en ella. Sólo los viejos muros de piedra, una antigua cruz tallada en el muro, en piedra viva, y una inscripción en latín que jamás he sabido traducir...

—Latín... —repitió Floyd—. Yo sí conozco el latín, Dunia. ¿Podríamos bajar un momento a esa cripta?

—¿Cuándo? ¿Ahora? —se extrañó ella, enarcando sus finas cejas doradas.

—¿Por qué no? Si su tío no tiene nada que oponer...

—No creo que se oponga a ello. Está dormido y no quisiera despertarle... Abajo guardamos ahora las botellas de vino añejo y cosas que no se utilizan, como muebles, enseres en desuso y cosas

así. Tendríamos que bajar una lámpara, no hay luz eléctrica allí. Pero dudo mucho que pueda haber en esa vieja cripta nada de interés...

—Es posible. Pero si el príncipe Hansel quena verla esa tarde, tal vez sea por alguna razón que se me escapa. Es mejor comprobarlo. ¿Va a acompañarme abajo, Dunia?

—Desde luego. Dada la situación en este lugar, no bajaría sola a estas horas por nada del mundo. Pero con usted al lado, es distinto. Me siento segura...

—Dios conserve su fe en mi —sonrió Floyd con amargura—. Llevo un revólver, pero dudo mucho que si aparece la clase de enemigo que me temo, nos sirvieran de algo sus balas...

Ella sonrió, poniéndose en pie. Tomó una linterna de un cajón y le invitó, señalándole

el
corredor:

—Cuando quiera, Floyd. Estoy a su disposición para guiarle a ese viejo reducto endemoniado...

—¿Endemoniado? —gruñó Floyd—. ¿Por qué dice eso? Creí que era una cripta
religiosa.

—Y lo es. Perteneció a una abadía, ya se lo dije. Pero dice la leyenda que un monje endiosado cayó en el pecado de soberbia y quiso ser más que Dios. Eso le condenó a morir en esa cripta, olvidado de todos y condenando su alma por la eternidad...

—Curiosa historia. ¿La conocía el príncipe Hansel tal vez?

—Supongo que si. Aquí, mucha gente conoce esa historia. Floyd.

—Está bien —suspiró el detective londinense—. Vamos allá. Dunia, cuando quiera.

*

*

*

Realmente, parecía el escenario de un viejo filme de terror gótico.

Muros de piedra viva, lisa, húmeda, cerraban una cámara rectangular, a la que se accedía por una angosta escalera también de piedra vieja y gastada. En un muro, una gran cruz se alzaba hasta cerca del abovedado techo que formaba el soporte del suelo de la nueva capilla protestante de la ciudad.

En el otro lado, medio cubierta por las estameñas polvorientas donde se alineaban
cosa de un centenar de botellas de vino, cubiertas de telarañas, era visible una losa de piedra más blanca, incrustada en la pared, con una inscripción latina apenas legible a causa de la suciedad y los efectos de la humedad durante generaciones enteras—¿Puede leer algo realmente? —indagó Dunia, proyectando la luz de la potente linterna sobre In lápida del muro.

—Mo muy bien —limpió como mejor pudo la pared con un trapo —. Veamos el inicio... «Dios sea misericordioso con quien usa sus pensamientos para odiar y su alma para matar...» —comenzó a traducir del latín, escrito allí en caracteres góticos.

— Extraña inscripción para una cripta religiosa, ¿no le parece?

—Sí, eso pienso. Muy extraña... —limpió con renovados esfuerzos lo demás, y siguió leyendo, con perplejidad—: «Que el extraño poder que el Señor puso en el pensamiento de los Morgenstein, benefactores de la Orden Religiosa de esta abadía, casa de Dios y de la Fe, sea siempre para bien. Y que nunca de nuevo uno de sus miembros descubra el poder divino que le permite dar la vida o la muerte a los demás. Que Dios proteja a la dinastía Morgenstein y a nuestro pueblo todo. Y que nunca el Señor permita que el Mal dirija esos poderes contra aquellos que respetan el curso natural de los hechos y la gracia de Dios depositada en quien nace para ser lo que la Providencia del Señor así dispuso de antemano. Así sea, y nunca se repita la Historia. Que nunca más haya un Wolfgang de

Morgenstein. En previsión de ello, esta abadía y su Orden velarán siempre y pedirán a
Dios por aquellos que así lo merecen. Amén. Morgenstein,
Año de Gracia de 1573.»

—¡Cielos, qué bien lees el latín, Floyd! —se admiró la joven, con ojos muy abiertos—. Esos caracteres y con tal lenguaje, yo nunca hubiese entendido esa inscripción.

—¿Su tío si puede hacerlo?

—Supongo que si, pero no habrá releído ese texto desde hace lustros, sin duda.

—Mal hecho —meditó Floyd Lowry en voz alta, volviendo a repasar, ceñudo, aquel viejo texto—. ¿Quién fue Wolfgang de Morgenstein? ¿Lo sabe usted, Dunia?

—Si, claro que lo sé —sonrió ella—. Me conozco bien la historia de la dinastía de los príncipes de nuestro país. Wolfgang de Morgenstein fue maldito, allá por el 1350. Se dice de él que era capaz de matar con la mirada y de destruir a sus enemigos con sólo desearlo. Ambicioso como nadie, fue capaz de exterminar a casi toda su familia, incluidos los herederos directos del principado, para llegar él a príncipe regente de Morgenstein. Se decía que, poseído por fuerzas infernales, poseía el poder mismo de Satán, era amo y señor de la Vida y de la Muerte, y no necesitaba armas para fulminar a sus enemigos, parientes o no. Naturalmente, todo eso se supuso siempre que era sólo leyenda, y nada más.

—Leyenda y nada más... —recitó Floyd lentamente—. «Que el extraño poder que el
Señor puso en el pensamiento de los Morgenstein, sea siempre para bien... Dios sea misericordioso con quien usa sus pensamientos para odiar y su alma para matar...» «Y que nunca el Señor permita que el Mal dirija esos poderes contra aquellos que respetan el curso natural de los hechos y la gracia de Dios, depositada en quien nace para ser lo que la Providencia del Señor así dispuso de antemano...» Son frases de esa losa, Dunia.

—Sí, lo sé. ¿Significan algo para usted?

—Usted Dunia, acaba de añadir algo más; «Fue capaz de exterminar a casi toda su familia, incluidos los herederos directos, para llegar él a príncipe regente...»

—Ese fue Wolfgang de Morgenstein... De eso hace ya más de seis siglos, Floyd.

—Si, pero ¿ha pensado si existe esa fuerza de modo potencial en cada uno de los miembros de la familia o, cuando menos, en determinados miembros de la misma, heredado genéticamente a través de los siglos?

—No sé a qué se refiere...

—Yo me temo que si lo sé... —repentinamente, Floyd estaba pálido, sus ojos brillaban y le temblaban las manos, no precisamente de miedo. Dunia notó que su piel brillaba por la transpiración de modo repentino—. Dios mío, no... ¡Es preciso ir en seguida allí, antes de que sea demasiado tarde!

—¿Ir? ¿Adónde? —se extrañó Dunia, realmente inquieta.

—A Dragonhaus... Algo horrible está a punto de ocurrir... Cielos, Dunia, ¿tiene usted un coche a mano, algo en que ir lo más de prisa posible a la mansión de verano de los Morgenstein?

—Pues... si. Está el coche de mi tío...

—¡Entonces no pregunte! No hay tiempo que perder, amiga mía. Creo que esta noche puede suceder algo más, algo espantoso e irreparable... ¡Pronto, vamos ya, no hay un minuto que perder, por el amor de Dios! El príncipe Hansel tenía razón... ¡Aquí está la

horrible clave de todo este espanto que estamos viviendo!

Dunia parecía no comprender nada de nada, pero Floyd tiraba de ella a viva fuerza hacia la escalera, y ella le siguió, aun a su pesar, saliendo precipitadamente de la vieja cripta.

Momentos más tarde, sin siquiera despertar al reverendo Borzman, Floyd Lowry y la muchacha salían de la casa, subían al coche del sacerdote y se lanzaban a toda velocidad en dirección a las afueras de la ciudad.

El rostro de Floyd, mientras conducía el coche con los nervios en tensión, era una crispada máscara de horror y de angustia: temía llegar tarde.

Tarde para salvar vidas humanas. Tarde para evitar aquel aquelarre de sangre que estaba presintiendo desde lo más hondo de su ser.

*

*

*

Los faros del coche resbalaron sobre el carromato volcado a un lado del sendero. Rápidamente. Floyd metió el pie en el pedal de freno, deteniendo el viejo coche del reverendo Borzman, ante la alarma de la sobrina de éste, que se aferró a su brazo.

—¿Qué sucede ahora, Floyd? —quiso saber la muchacha, aterrorizada.

—Eso quisiera saber yo, Dunia —murmuró Lowry, crispado—. Es el carro de la gitana Anaya... Algo ha sucedido aquí no hace mucho... Dios quiera que no sea lo que pienso...

Pero era. Era lo que pensaba. Pronto pudo comprobarlo, apenas asomó dentro del vehículo de la zíngara, alumbrando con la misma potente linterna que le sirviera para leer en la cripta la inscripción reveladora de los monjes de la desaparecida abadía.

El poder asesino había pasado por allí no hacía mucho. Sus trágicas huellas de sangre estaban presentes, cálidas aún. Volcados los objetos heterogéneos del interior, desde vasijas a amuletos, muebles y enseres domésticos, platos rotos, cubiertos clavados aún en el cuerpo sangrante de la gitana. Anaya había sido víctima, como tantas otras veces ya, de la fuerza maléfica que daba movimiento a cosas y seres, convirtiéndolas en feroces agresores. Todavía sujetaba entre sus dedos engarfiados el cuerpo sin vida de un cuervo, estrangulado por ella misma en su desesperada lucha contra el mal. El ave, de un negro azulado, yacía con el cuello roto, el pico ensangrentado, huella indudable de que era el que había vaciado virtualmente un ojo a la zíngara, cuyo globo colgaba horriblemente, fuera de la órbita enrojecida y destrozada.

Pero la gitana aún vivía. Miró con su único ojo ileso —si bien rodeado de picotazos y profundos cortes, hacia el hombre que ahora se inclinaba sobre ella, solicito, intentando lo imposible: ayudar a aquella infortunada mujer de piel bronceada.

—Eres tú, el extranjero... —susurró con voz ronca, asomando espuma sanguinolenta a sus labios cuando le reconoció—. Llegas tarde... para mi. Pero aún puedes ser la Muerte o la Vida... para alguien.

—¿La Muerte, la Vida? No te entiendo, Anaya. ¿Qué quieres decirme con eso?

—Tu destino... está marcado en las rayas de tu mano, extranjero... —murmuró la infortunada con su hilo ronco de voz, en un esfuerzo supremo—. Un niño depende de ti... Un niño puede morir... En tus manos está la vida y la muerte para ese niño y para... para el... el que...

Se quedó así. Rígida repentinamente, su único ojo desorbitado, la boca convulsa, la vida escapada ya definitivamente de su cuerpo moreno. Floyd Lowry se incorporó con un ronco jadeo de desaliento. Salió, a tiempo de evitar que Dunia mirase adentro. Aun así, los ojos de la joven se dilataron de horror al descubrir las manchas de sangre por doquier, en la entrada del volcado carromato, victima del poder infernal.

—¡Dios mío, Floyd...! ¿Es que está...?

—Muerta, si —afirmó él—. Como los demás. Dunia. Es mejor no mirar. Disponemos, además, de muy poco tiempo. Esa mujer murió por saber la verdad, como los otros. Tam- poco pudo decírmela, pero yo la sé. Y sé también que nuestro plazo se agota, antes de que un nuevo horror se consume. No podemos perder ni un segundo. Vamos, hay que lle- gar cuanto antes a Dragonhaus. El diablo está allí ahora, en total libertad, dispuesto a descargar su golpe definitivo...

Tiró de ella, metiéndola de nuevo en el coche, y partió velozmente hacia la residencia veraniega de los príncipes, con una determinación férrea reflejada en su rostro, las manos crispadas sobre el volante del vehículo.

La fachada de Dragonhaus tenía algo de siniestro ahora, con sus luces apagadas, las gárgolas recortándose malignamente en la noche, alumbradas por las estrellas, como monstruos petrificados al acecho. El *griffo,* sobre la puerta de entrada, era igual que si Satanás hubiera decidido mostrar su verdadero rostro antes de atacar...

Frenó en seco, saltando fuera del coche, con Dunia pegada a él, temblorosa e inquieta. La mano de Floyd empuñó el revólver resueltamente. La sobrina del reverendo contempló el arma, perpleja, como preguntándose qué podría hacer un arma de fuego

contra el propio Adversario.

Floyd respondió, dando la impresión de que leía sus pensamientos, mientras avanzaban a largas zancadas hacia la casa:

—A veces, Dunia, el diablo se hace hombre... o lo que sea. Es sólido, real, tangible. Y mortal, en cierto modo. La Cruz no siempre es suficiente. Una bala puede ser también un arma adecuada en ciertos momentos...

Eran un enigma para ella sus palabras, sin duda alguna. La puerta principal aparecía vigilada por una pareja de la guardia del príncipe, durante la noche. No trató de entrar por allí, porque eso llevaría tiempo y alguna pequeña dificultad para convencer a los soldados. Optó por rodear la finca, en la sombra, sin ser advertido por los guardianes. Una vez cerca de las perreras, donde tuviera lugar el reciente drama, Floyd señaló un muro cubierto de frondosas hiedras.

—Subiré por ahí. No se mueva de este lugar, Dunia. No trate de seguirme ahora. Puede haber peligro, mucho peligro...

—¿Y si... si me atacasen aquí? ¿No hay peligro en este lugar también, Floyd? —

murmuró ella, realmente asustada ahora.

—No —negó Floyd—. No lo creo, por el momento. Cuan do me enfrente al poder diabólico, será suficiente con intentar destruirme a mí, para que piense en usted. Créame, Dunia, está mucho más segura aquí escondida, hágame caso.

Le apretó suave pero firmemente el brazo, le sonrió con afecto y, sin poderlo evitar, se inclinó y besó la mejilla de la joven. Luego, se alejó con rapidez, agazapado en la sombra. Momentos más tarde, subía ágil y silenciosamente la hiedra enredada en el muro, hasta alcanzar la comisa de piedra que sobresalía bajo las ventanas de la casa.

Encontró una ventana entreabierta y no necesitó romper vidrio alguno para entrar en la residencia de los príncipes. Dunia le vio desaparecer dentro del edificio. Se quedó sola en la noche, agazapada allí, temblorosa y asustada, temiendo que en cualquier momento, el Diablo se hiciera presente para atacarla a ella.

Sus labios empezaron a musitar una oración en voz baja. Era lo único que se le ocurría hacer para alejar el peligro que presentía tan próximo, tan escalofriante...

CAPITULO X

Floyd Lowry se detuvo en el corredor, todos sus sentidos alerta.

La casa aparecía silenciosa y oscura. Todos parecían dormir allí dentro. Floyd sabía que era una falsa impresión. Algo, allí dentro, no dormía ni descansaba, esperando el mo- mento de atacar, de destruir. Su instinto le decía que ese «algo» estaba cerca. Muy cerca...

Oyó de repente un leve gemido. Apagado, tenue, en alguna parte de la casa, no lejos de donde él se encontraba. Rápidamente se puso en guardia. Giró la cabeza. Al fondo del pasillo descubrió una puerta entreabierta, un leve resplandor muy tenue. Tragó saliva. Alzó su revólver. Echó a andar con lentitud extrema, procurando no producir el más leve ruido. Sabía que un error en estos momentos, un paso en falso a estas alturas, era la diferencia entre la vida y la muerte... No sólo para él, sino para muchas otras personas.

Logró llegar cerca de la puerta entornada. Asomó, extremando como nunca las precauciones, furtivo y silencioso como una sombra. Sus ojos, horrorizados, se fijaron con hipnótica insistencia en la pavorosa escena que tenía lugar allí dentro, a la claridad difusa de una simple vela encendida, en la mano de alguien.

Alguien que permanecía en pie frente a un lecho. Con el cuerpo rígido, la mirada malignamente fija en la cama y en quien en ella reposaba. La llama temblaba en la vela que sostenía en su mano, sujetando la palmatoria con firmeza. Sombras dantescas bailoteaban en el muro.

Una mujer yacía en el lecho, apoyada la rubia cabeza en la almohada, los ojos azules muy fijos, casi hipnóticos, en el ser erguido frente a ella. Una expresión de horror e impotencia asomaba a aquel bello rostro femenino. Tenía una rara rigidez todo su cuerpo. Parecía querer moverse sin lograrlo. Estaba paralizada contra su voluntad. No podía moverse, no podía hablar. Pero era obvio que podía ver, oír... y comprender. Comprender el terrible trance en que se hallaba.

La figura que sostenía la palmatoria con la vela seguía allí, frente a la mujer acostada. Un nuevo gemido apagado surgió de entre los labios de ésta. Era lo único que, al parecer, era posible articular.

El otro personaje rió. Era la risa que escapó de sus labios algo

maléfico, perverso
hasta la ignominia, malvado hasta lo demoníaco. Ni siquiera parecía brotar de labios de un ser humano.

Luego, los ojos de aquel ser se fijaron en algo: unas grandes tijeras de costura, abandonadas sobre una mesa, junto a ropas de niño pequeño, ovillos de hilo y una caja de costura. Eran unas tijeras grandes, afiladas, puntiagudas.

Las miró fijamente el personaje de la vela en la mano. Ocurrió algo espantoso.

Las tijeras se movieron solas. Se levantaron del mueble. Flotaron en el aire, como algo vivo, fulgurando a la luz amarilla de la vela, en dirección a la cama donde la princesa Ilonka esperaba, incapaz, de reaccionar. Los ojos aterrorizados de ella, siguieron la trayectoria de aquellas tijeras.

Estas continuaron su recorrido por el aire, sin ser movidas por otra voluntad que la

que emanaba de aquel ser maligno, erguido allí ante la mujer, pareciendo ordenar median te simples pensamientos las acciones de la inanimada pieza de acero.

Las tijeras llegaron, al fin, a la perpendicular del lecho. Se detuvieron encima de la cama y de su ocupante. Comenzaron a girar hasta quedar en vertical, las dos puntas enfiladas hacia abajo. Apuntaban al vientre hinchado de la mujer embarazada.

Si caían súbitamente sobre ella, atravesarían ese vientre.
Y con él, al ser allí alojado, al niño que aún no había nacido. Serían dos muertes en una: madre e hijo a la vez, de un solo golpe, las tijeras oscilaron inquietantes, malignas. La risa se repitió en labios del monstruo.

El terror de la mujer inmovilizada era total, angustioso. Parecía no creer lo que sus ojos veían. Pero por otro lado, sabía exactamente cuál era su riesgo actual, lo que iba a su- ceder sin remedio un instante después...

Floyd Lowry pareció salir con dificultad de su torpeza mental ante la horrible escena. Dejó de ser un espectador pasivo del espantoso drama que se desarrollaba ante sus ojos. Miró al autor de aquella acción criminal, al ser capaz de *mover* a distancia todo objeto, inanimado o no, con su sola voluntad.

No le gustaba matar. Y menos a un niño. A un niño de siete años...

Pero tenía que hacerlo. Sólo la muerte podía impedir el fin de aquel horror. Sólo la destrucción del maléfico cerebro del pequeño Lajos podía salvar la vida de la princesa Ilonka y de su futuro hijo...

Apretó el gatillo. Con dolor, pero sin piedad. No vaciló al apuntar a la cabecita infantil, por encima del rastro que sonreía, demoniaco.

La bala despedazó el cráneo de Lajos de Morgenstein. Reventó su masa encefálica súbitamente, en un estallido de violencia, sangre, ruido y horror. Quizás ni siquiera llegara a enterarse de nada. Estaba demasiado absorto en su criminal intento para comprender lo que sucedía, para advertir siquiera que un arma apuntaba a su cabeza.

Se desplomó a los pies de la cania. La vela escapó de su mano, apagándose en el suelo. La princesa gritó, aguda, desesperadamente. Algo golpeó la cama con un impacto metálico al rebotar en un borde de la misma Las tijeras habían caído, roto el hilo invisible que sujetaba su equilibrio a la mente de quien ordenaba sus movimientos.

Floyd oprimió el interruptor de la luz. Esta invadió la estancia. La princesa, semidesnuda, saltaba del lecho, con el rostro convulso, mirando despavorida a su sobrino, horrible mente desfigurado en el suelo, tras el balazo certero que disparara Floyd. Luego, se dejó caer, estremecida, llorosa, en brazos del detective, que acogió a la bella dama afectuosa y tiernamente.

Así los encontraron cuando el príncipe, la condesa Zarda y los demás, salieron precipitadamente de sus habitaciones, atraídos por el estampido del arma de fuego y los alaridos de la infortunada princesa Ilonka.

*

*

*

—¿De modo que nunca hubo nada realmente demoniaco en todo esto...? ¿El Diablo no estaba en Morgenstein...?

Floyd Lowry se encogió de hombros, con gesto ensombrecido. Miró al burgomaestre Vrolak y al príncipe Zoltan. Luego manifestó con voz cansada:

—Nunca se sabe, señores. No sabemos cuál es el verdadero rostro de Satán, cuál es su naturaleza. Esto puede formar parte de su técnica para perder a los hombres y ganarse sus almas. Nunca lo sabremos a ciencia cierta. Lo que sí es evidente es que el pequeño Lajos no estaba poseído por ningún demonio. Llevaba el Mal en si mismo, desde que nació, como algo genético, que estaba en la familia Morgenstein desde hace muchos años. Un poder que ya tuvieron otros miembros de esta dinastía, como Wolfgang de Morgenstein hace siglos.

—¿Se refiere a que... podían realmente matar a sus enemigos sólo con desearlo? —preguntó roncamente el burgomaestre.

—Si, eso quiero decir. Pero entonces, ésas eran cosas del diablo. Hoy en día, hay palabras técnicas para expresar lo mismo: telequinesis, poderes paranormal, estudios parapsicológicos de ciertas fuerzas situadas más allá de lo racional...

—De modo que era eso: telequinesis... La fuerza mental capaz de mover y dirigir los objetos a distancia... —susurró el príncipe, perplejo, con una contracción de dolor en su rostro—. Y nuestro propio sobrino, un niño, era capaz de tanta maldad...

—No sólo poseía poderes de telequinesis, sino que también poseía una fuerza mental terrible, capaz de proyectarse a animales o a seres vivos, ordenándoles cuanto él quisiera. Podía aplicar esa fuerza a destruir vidrieras, espejos, muros incluso, proyectando todo eso contra alguien...

—¿Fue capaz de matar... a sus propios padres? —murmuró con voz angustiada el burgomaestre.

—Así es. Y de matar a su tío Sandor, como iba a destruir a su tía Ilonka y al futuro bebé. Así sería el heredero de este principado. Pronto hubiese terminado también con usted. Alteza. Y con todos los demás. A sus padres los destruyó porque ellos intuyeron primero sus extraños poderes, herencia familiar de cierta rama de los Morgenstein, luego sospecharon sus intenciones, y se horrorizaron de la clase de monstruo que tenían por hijo. Al descubrir que era cieno cuanto sospechaban, jal vez pensaron en destruir a su propio hijo para extirpar de raíz el mal, pero él se les anticipó, porque podía leer en sus pensamientos sin dificultades. De ese modo acabó con

el viejo taxidermista, que sabía la verdad, y también con la gitana Anaya. Al verme a mí, supo que era su enemigo, y varias veces intentó aniquilarme.

—¿Y el episodio de los perros? Era él la persona atacada.

—Montó una farsa para que le sirviera de coartada. Sabía que yo podía llegar a sospechar de él, y fue muy astuto desviando mis sospechas en otro sentido, puesto que él parecía víctima del mal diabólico. De todos modos, jugó fuerte en eso, aunque estoy seguro de que los perros no le hubiesen despedazado, porque tendrían órdenes de no hacerlo, y se hubieran limitado a causarle algunos daños más o menos graves.

—Todavía quedan cosas por aclarar, Lowry —suspiró el burgomaestre—. El espíritu de su padre, el príncipe Hansel, el diablo aparecido en el cobertizo...

—El hizo ambas cosas. Del mismo modo que provocó la ruptura del hielo en el rio, al paso de su padre, hizo emerger su espectro mediante simple hipnosis colectiva a todos los presentes, tal era su poder mental. Del mismo truco se valió para que viesen al presunto demonio que moraba en estas regiones. En realidad, Anaya tuvo razón. La pobre zíngara sabía que yo era la Vida y la Muerte para un niño y para otro. Para su hijo. Alteza, el que ha de nacer, he sido la Vida. Para Lajos, fui necesariamente la Muerte. Ella lo leyó en mi mano, pero entonces no lo entendí. Fue cuando Dunia me mostró la vieja inscripción de la abadía desaparecida, cuando supe que una característica genética de ciertos Morgenstein era la de tener el poder de matar a distancia, sólo con desearlo. Si era así, ya estaba claro que el Diablo no era nuestro enemigo concreto esta vez, sino alguien de aquí. Y en seguida pensé en el niño, porque lo sucedido en las perreras seguía pareciéndome extraño, artificioso... y porque Mordana, su aya, parecía saber algo, y le temía más que le quería...

—Así es —suspiró la enigmática aya, apareciendo en el salón, lentamente, con su equipaje ya hecho, el rostro ensombrecido, mucho más ajado y maltrecho—. Yo siempre sospeché del niño, pero no quería creerlo... Le quería tanto... y a la vez, le temía tanto en el fondo de mi ser...

Hubo un profundo silencio en la estancia. Floyd Lowry se puso en pie. Meneó la cabeza.

—Bien, Alteza —dijo al príncipe—. Si no me necesita para nada más, creo que será preferible dejarles ahora a solas con su dolor... pero también con la alegría de haber salvado de un horrible fin a su esposa y a su futuro hijo...

—Si, Lowry, gracias por todo —el príncipe, conmovido, le tendió su mano—. Si puedo hacer algo por usted en premio a todo lo que nos ha ayudado, dígamelo... y cuente con ello de inmediato.

—Ya me pagó el infortunado conde Sandor lo que valen mis honorarios. Alteza —sonrió Floyd—. Sólo le pediré una cosa, confidencialmente.

—Tiene mi palabra de antemano, si es que puedo hacerlo, de que la verá cumplida.

—No esperaba menos de usted —se acercó, bajó la voz y susurró—: Olvide devaneos con chicas procaces como la guapa Mirza, y ocúpese totalmente de su esposa ahora. Ella le necesita más que nunca. Sea fiel a tan hermosa y noble dama, Alteza.

Le miró Zoltan sorprendido. Vaciló. Luego, severo, afirmó:

—Le di mi palabra y la cumpliré. Esté seguro de ello, Lowry,

amigo...

Se estrecharon la mano de nuevo, con una sonrisa. Floyd Lowry se encaminó a la salida. El burgomaestre Vrolak se reunió con él.

—¿Regresa a Inglaterra, amigo Lowry? —preguntó, afable.

—Todavía no —sonrió Floyd—, El reverendo me invita a pasar una semana en su casa. A cambio, yo invitaré a él y a su sobrina a pasar dos semanas en Londres, cosa que han aceptado. ¿Sabe una cosa, señor Vrolak? Creo que, en cierto modo, alguna vez llegaré a ser un ciudadano de Morgenstein... si las cosas ocurren como espero.

—Le entiendo —rió Vrolak, guiñándole jovialmente un ojo—. La bella Dunia, ¿eh?

—Si —afirmó el joven detective—. La bella Dunia, exactamente... Nos hemos hecho muy buenos amigos. Y eso es sólo el principio.

FIN



